

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

CUENTOS

OTTO MIGUEL CIONE

CHOLA SE CASA

LA GENEROSIDAD DE CACHO.—UNA PIEDRITA EN EL CAMINO.—MISTERIO DE LA SUBCONCIENCIA



Claudio García - Editor
Sarandí, 441
MONTEVIDEO
1924

Chola se casa

Chola Seriantes Figueroa de Madariaga, diminuta perla mate de exquisito oriente que figuraba en primer puesto en el escaparate social porteño "par droit de conquéte et par droit de naissance" meditaba semitendida en forma asaz caprichosa "a la americana", en pijama fantasista de seda con arabescos estilo rococó, cabellera suelta y cortada a lo Raquel Meller, con los piesecitos mononos, uno de ellos descalzo que ostentaba las uñitas brillantes y coloreadas como si fueran gotas de frambuesa caídas sobre los sonrosados deditos, mientras el otro hacía ejecutar verdaderos equilibrios de malabarista a una artística chinela de lama color turquesa y plata, y que terminaba en punta encorvada como las que usan las odaliscas; en la mano diestra humeaba un perfumado cigarrillo turco que tenía arrollado un pétalo de rosa en la boquilla. Varias revistas francesas, con elegantes exposiciones de mujeres vestidas maravillosamente por Herouard, Vallet, Guillaume, Cappiello y

otros estaban despararamadas por el suelo, por encima de las sillas y sillones de su precioso "boudoir", en el que, todo el empapelado, el cortinaje, los tapices, los muebles, la "toilette", hasta las tulipas de los picos de luz, eran color malva y oro del más sencillo y delicado gusto. ¿Qué pensamientos ocupaban aquella sin par cabecita de morena coqueta, vanidosa de su abolengo, orgullosa de su belleza y de su elegancia y de la inmensa fortuna de sus padres?

Bien que su inteligencia fuera mediocre en sus alcances a pesar de todo lo que la habían hecho estudiar en contra de su voluntad y de su pereza innata, bien que supiera declamar, que supiera recitar "bastante perfectamente" poesías de Maurice Rostand, de la Condesa de Noailles, de Paul Fort, etc., aunque se cortara toda y se le disparaban las palabras cada vez que tenía que sostener una breve conversación en francés; bien que conocía al dedillo la geografía de la capital porteña, de los alrededores de Mar del Plata, de la estancia paterna y algo de Suiza, de París, de Londres y de San Sebastián, muy poco de Montevideo y nada en absoluto del resto del mundo, aunque lo hubiera cruzado varias veces en todas direcciones, embrollándosele de tal modo en el corto magín los itinerarios, las estaciones, las ciudades, los balnearios, los casinos, los establecimientos de cura de

aguas, etc., que habían llegado a formar para ella un todo incomprensible, un "pustle" indescifrable.

Bien que fuera audaz en sus opiniones, atrevida en sus ocurrencias, insolente en sus respuestas, de genio irascible cuando la contrariaban, amiga de castigar cruelmente a las criadas, caprichosa en sus gustos, mal criada, con una erudición pasmosa del léxico lunfardo en sus conversaciones íntimas, "bellaca", como decía de ella misia Raymunda, su mamá; bien que fuera variable como un viento en sus afectos y amistades, cuando se hallaba junto a algún espécimen vulgar de "niño bien" que la cortejara, tornábase tímida como una gacela, sutil como una pluma de oropéndola, relamida como una gata mimosa, zalamera como una vieja solterona, delicuescente como un sorbete de crema a la vainilla expuesto al sol; llena de remilgues afectados, caídas y levantadas de ojos, siempre a destiempo: muecas estrafalarias de macaca enamorada, chillidos, suspiros, exclamaciones, pudidundeces y castidades, todo sin ninguna razón y fuera de momento.

Y cuando el "niño bien" creía haber logrado su conquista, cuando ya la consideraba enamorada de él, Chola Seriantes Figueroa de Madariaga, la "bellaca" suspendía su repertorio de "vaudeville", tornábase seria de pronto y con

una mirada de yacaré correntino, un gesto de supremo desdén y una sonrisa despectiva, decíale al mozo:

—Vea, Fulanito: usted no es mi tipo. Es inútil que siga perdiendo el tiempo. A mí que me den un hombre de verdad y no un tirifilo como usted.

Y ya no más lo plantaba al corrido mozo y se iba a contar a sus amigas, con lujo de detalles, risas y burlas, a la vista del damnificado, "la pelada de frente que se había **pegado Fulanito**".

Y así desfilaron ante sus bellaquerías todos los "mozos bien" de la capital que ambicionaban haverse "pagar óptimamente" la concesión de sus propias pulidas manos, única y constante preocupación nacional de cierto género de tipos sociales. Pero con Cholita se llevaron chasco. ¿Y quién era el tipo capaz de enamorar a la bella Chola? ¿Existía en el mundo? ¿Había nacido ya? ¿Habría que fabricárselo expresamente para ella?

Ella misma no lo sabía. Como todas las tarambanas de su especie, tenía una noción vaga de "su tipo".

Lo entreveía vagamente, sí, en forma de un jovencito de talle mórbido y de formas delicadas, vestido como un maharajá adolescente, cubierto de sedas, bordados de oro y pedrerías,

con turbante de cachemira con un gran brillante azul en la "aigrette"; el rostro pálido, los ojos negros como dos carbunclos, y todo él en un gesto casi femenino, púdico y retrechero.

¡A la inversa de lo que era ella en la realidad!

Chola meditaba seriamente por primera vez en su vida.

El día antes, su papá, el gravísimo señor doctor don Servando Seriantes Figueroa de Madariaga, ex embajador y ministro plenipotenciario de la nación ante los gobiernos de Italia, Turquía y la Gran China, actualmente jubilado, gozando no obstante su caudalosa fortuna de su sueldo íntegro por "los importantes servicios prestados a la "cara patria", la había llamado a su despacho y le había dicho con aquel tono de voz suave y al par enérgico de viejo gaucho, que le caracterizaba y que no admitía réplica:

—M'hija. Póngase bonita y paqueta mañana a la noche, que va a venir a comer con nosotros Su Excelencia el señor duque don Orlando de Alessandría di Campoformio, nuevo ministro de Italia ante nuestro Superior Gobierno.

Ella le escuchó sin inmutarse y luego de un instante de silencio le preguntó con sorna:

—¿Y para qué quiere, tatita, que me ponga bonita y paqueta?

—Pues para que le gustés al señor duque, ¡canejo!

—¿Y si a mí no me llega a gustar, tatita?

El la miró severo, frunciendo el ceño:

—Pues tendrá que gustarte a la fuerza, m'hijita, porque es el marido que te tengo señalado.

Y observando que ella iba a replicar, agregó:

—Basta, canejo, no admito retruques. Tu madre y yo hemos arreglado tu casamiento con él. El duque es un buen mozo, un "galantuomo" y está enamorado como un repollo cocido de tu palmito. Te vió en el Colón hace tres días y ha buscado hábilmente la manera de hacerse invitar por mí. Fuí amigo de su padre el viejo duque durante mi permanencia en Roma, y nunca hasta ahora se te ha presentado mejor partido. Váyase no más y no olvide mis recomendaciones.

¡Cuándo don Servando pasaba del tuteo al tratamiento en tercera persona había que obedecer, Canejo!

Le dió la espalda el anciano y apenas pudo oir lo que dijo su hija, aunque él se hizo el que no había oído nada.

—¡Otra papa a la olla! Había de tocarme un gringo. ¡Ya te digo! ¡Suerte linda la mía! El viejo está ido del mate amargo. Y se fué tarareando un tango para sus habitaciones.

Esa noche no quiso salir de puro rabiosa que estaba y se quedó encerrada con Brigante, su cacatúa paraguayo; con Fú-Fú, su gato de Angola; con Kiss, su perrito mandarín; con Billiken, su monito Maquí; con Checo, su camaelón de las islas Borbón; con Porte Bonheur, su caburé criollo, y Margot, su muñeca preferida, a todos los cuales besó, acarició, dió de comer dulces y bombones y después los castigó, les puso en penitencia, les tiró con todos los cogines que encontró a mano, armando un alboroto de mil diablos y convirtiendo su departamento en una sucursal furiosa del jardín zoológico.

Se acostó meditabunda, y a Bettina su mucama que le había traído un pocillo de chocolate, le arrancó varias mechas antes de dormirse, so pretexto de que habín pisado demasiado fuerte al entrar en la alcoba.

Se durmió como una criatura angelical toda arrolladita en la inmensa cama y arropada hasta las orejas; porque era friolenta de suyo, aun en pleno verano, cuando dormía.

Al otro día, vestida con un pijama original la encontramos fumando su cigarrillo turco recostada en el diván de su "boudoir".

Se preguntaba:

—¿Cómo será el tal "galuntuomo"?

Pasaba revista a todos los hombres que ha-

bía encontrado en sus visitas desde unos días antes y "no daba" con el "signor ministro".

Seguía en su monólogo interrogante.

—¿Será alto, bajo, regordete, colorado de cara, "pelao", con bigotes a lo Humberto? ¿Será viejo, joven, entre dos edades, atrayente, simpático, repulsivo? ¡Qué lástima, un italiano!...

Se quedó un largo rato meditabunda y remató sus reflexiones con esta frase despectiva:

—¡Debe ser un "gringo" ordinario, no más!

Y en seguida pensó en el vestido que iba a lucir aquella noche durante la comida.

¡Ah!, y en las cosas que le iba a decir al ministro con el objeto de dejarlo "patidifuso", alelado y sin ganas de pretender criollas de ley para el resto de su vida.

* * *

Cuando en la sala de su casa le presentaron al señor duque de Alessandría, se quedó como petrificada de asombro.

Nunca se lo hubiera imaginado tan grande, tan hercúleo, tan suelto y familiar en sus palabras, tan campechano y al par tan distinguido en sus modales.

Rostro cetrino, de rasgos enérgicos, con un dejo de cansancio de hombre que ha vivido intensamente, pero de expresión juvenil; ojos negros inquisidores y al par dominadores, de na-

politano apasionado; una sonrisa dulce, de una benevolencia de gran señor, que aparecía a ratos sobre la gravedad habitual de su rostro como una aurora boreal sobre una llanura de hielo. Alto de estatura y de complexión robusta, se le adivinaban tras el correcto traje de frac, los músculos de hombre avezado a todos los sports.

Apenas se apartó con Chola junto a un balcón de la sala, la dominó en absoluto con su estatura, su "savoir faire", su sencillez de "bon enfant", su gentileza innata, sus felices frases dichas en correctísimo castellano, pues había vivido al iniciar su carrera diplomática muchos años en Madrid como secretario de legación.

—¡Caramba — pensaba ella — con el "italiano" que yo creía "ordinario"! ¿Me habré equivocado?

Pero no daba su brazo a torcer...

Aunque el hombre no le causó mala impresión en su conjunto, y también aunque se sintió un poco atraída hacia él, por las leyes del contraste, ella blanca y él morocho, ella bajita y graciosa y él alto y gallardo, comenzó a sentir una irritación imposible de contener al convencerse de su inferioridad física y moral frente del señor duque Orlando de Alessandria.

Así es que cuando él húbole dicho las frases obligadas de galantería diplomática que se esti-

la en sociedad, y después de hacerle una pintura entusiasta de la belleza de ella misma, Chola Seriantes, ésta le contestó con una expresión indefinible de truhanería sin igual:

—Pues a mí no me gustan los hombres altos y... robustos.

El duque rióse francamente:

—Bravo. Bravo, "signorina". Me gusta su franqueza. Sin embargo, ¿usted habrá leído a Schopenhauer?

—Sí — contestó ella con su habitual tupé criollo, — lo he leído a ratos.

—Bueno; si ha leído su libro. "El amor, las mujeres y la muerte", habrá visto con qué habilidad trata de las leyes del contraste entre enamorados. Yo, por ejemplo, alto y robusto, como usted dice, busco para esposa a una mujercita chiquita, adorable, bella y graciosa como usted. Usted que es...

Y ella terminó la frase:

—Y yo que soy una "cosita insignificante", busco para marido, a pesar de ese... ese Chopenaur y de las leyes del contraste, a un hombre chiquito como yo.

A lo que él replicó:

—Entonces estaría mal la pareja. Una muñeca y un muñeco nunca podrán llevarse bien.

El señor duque, cada vez más encantado, se reía con verdadera jovialidad, sin simulación

alguna, sincero, afectuoso y mundano, todo de una sola pieza...

Al pasar al comedor, una prima de Chola, muy envidiosa, que asistía a la comida, le dijo mordiéndose los labios, aprovechando que el duque hablaba con la dueña de la casa:

—Te felicito por tu "gringo", Chola. Es un "rico tipo". ¡Y muy interesante, che!...

—¡M'hija, te lo regalo!

Pero no se desprendió del brazo de él hasta que se hubieron sentado uno junto al otro a la mesa.

Durante el transcurso de la comida el señor duque fué el centro obligado de la conversación. Mostróse jovial sin exageración, espiritual y ocurrente y, en todo momento, el hombre de mundo que era.

Al finalizar, los hombres jóvenes allí presentes le envidiaban, los viejos se sentían entusiasmados con él y las mujeres todas se habían prendado del noble italiano. ¡Todas, menos Chola!

Por primera vez en su vida había sentido la superioridad de un hombre sobre su mentalidad de mujercita superficial. Tenía el instinto de que al casarse con el duque encontraría en él un amo amable o severo, según se comportase ella; pero nunca, estaba segura de ello, llegaría a dominarle en un ápice.

Sintió la vanagloria de verse envidiada por la elección que había hecho el duque entre tantas mujeres bellas e inteligentes como había en la sociedad porteña; y si resolvió aceptarlo como candidato matrimonial, fué porque en aquellos instantes era el partido más codiciado que había en la capital.

Después que hubieron pasado al salón del palacio, su primita Anatilde se aproximó a Chola, que estaba junto al piano buscando una romanza, y le dijo:

—Me parece que lo que es en este instante no me lo regalarías a tu pretendiente.

Y Chola, en voz baja e irritada, contestóle:

—Se me importa un comino de él como de todos los hombres que me han cortejado; pero si llego a casarme con él, será para que rabien todas ustedes...

Y se alejó en busca del duque, que saboreaba un habano en el "fumoir", hablando gravemente con don Servando.

Volvió al salón. Al rato se le aproximó el duque y le dijo:

—Señorita: soy la franqueza en persona y también estoy acostumbrado a ser muy resuelto en mis resoluciones. Contésteme con toda tranquilidad la siguiente pregunta: después de haberme tratado esta noche, ¿le soy un poquito, así de simpático?

—¿Qué le voy a contestar? ¿Simpático? ¿Un poquito, así, como esta uña?

—Eso es, así...

—Y bueno. No tengo inconveniente.

—¿Y puedo esperar que en el futuro...?

—¡Chist! Nadie sabe lo que puede resolver en el futuro esta mujercita caprichosa y voluble que le habla.

—Está bien. Pero, ¿consiente usted en que presente mi candidatura a pretendiente suyo?

Pensó un momento y luego contestó simulando una gran indiferencia:

—Me es igual. Si usted lo desea, le concedo el permiso...

—Gracias, señorita. Gracias. Yo sabré conquistarla a usted. No me tome por un pretencioso, pero...

Tendióle la mano; apareció en su rostro su encantadora sonrisa, mezcla de superioridad y de benevolencia, acentuada por una sutilísima ironía; brillaron sus ojos napolitanos dominándola de una sola mirada, y se alejó el duque pausadamente.

Chola, que permaneció como alelada en la actitud de un pajarito atraído por un caburé, pasóse la mano por la frente, suspiró con fuerza y murmuró:

—Nunca podré querer a ese hombre; pero jugará conmigo como un gato con una pelota de papel, siempre que se le dé la real gana.

Y firmó su propia sentencia en aquel instante.

Pasó a su lado don Servando:

—¿Qué impresión te causó el hombre?

Iba a contestar que no lo podía pasar; pero recordó el entusiasmo de su señor padre por las cosas de Italia, donde había sido ministro más de veinte años; adivinó que, dijera lo que dijera, el viejo trucha no la iba a creer; leyó en sus ojos que aquel casamiento se había de hacer a pesar de todo lo que ella objetara, y respondió:

—¡No me parece mal! Será un marido excelente...

—Estaba seguro de ello. Te felicito por la suerte que has tenido, m'hija. Hombres como el duque no nacen todos los días.

Y se alejó satisfecho, mientras Chola le hacía un "pito catalán", diciendo en voz baja:

—Si tata fuera mujer, se casaba con el señor duque esta misma noche.

Y se fué a su departamento súbidatamente grave y preocupada...

* * *

Carta de Chola Seriantes a su prima Anatilde Figueroa

"Querida primita:

"Me he enterado por la carta que me has es-

crito, que la estancia está hermosísima y que lo único que falta para que seas completamente feliz es mi persona. Gracias por el recuerdo y por el piropo. Ya sabes que este año no he podido acompañarte por culpa del maldito novio que me ha salido.

"Como el hombre tiene que quedarse en la capital, no sé por fué asuntos urgentes que debe solucionar con el gobierno, henos aquí a toda la santa familia de Seriantes obligada a pasarnos el terrible verano en la gran capital del sud!

"Este año sin estancia, sin excursiones a Capilla del Monte y, lo que es peor, sin veraneo en Mar del Plata. ¿Qué te parece con el programita de fiestas que le debo al bendito "gringo"?

"¡Suerte fiera la mía! ¿Qué me habrá encontrado de lindo el tal duque para enamorarse como un tigre de mi personita? ¿He dicho un tigre? ¡Qué tigre ni tigre! Un mastodonte antidiluviano. ¿Qué papel voy a hacer, tan chiquitita, al lado de este pedazo de bárbaro que nada como un bagre, tira la espada mejor que Nedo Nadi, al box como Firpo; que jugó al polo con el rey de España, y lo derrotó; que durante la guerra se volteó en avión a unos treinta alemancitos de monóculo, rubios y bonitos como conejos de la India, ¡pobrecitos! Come como un Heliogábalo, pero con mucha elegancia y discreción. Lo vieras cómo se pela una pata de

pollo de un solo bocado y sigue tan fresco conversando. Bebe agua solamente; fuma habanos de medio metro de largo y siempre está alegre, lo cual me choca bastante, porque creo que un novio que se respete no debe estar "bailando la perinola" continuamente delante de su muy amada. Cuando yo le digo, por decirle algo — porque te juro que me interesa tanto como Juan Ramón, el peoncito de los mandados de tu estancia, que una vez "me pidió la mano"; ¿te das cuenta qué partido brillante, aunque éste no es extranjero, sino criollo de ley, como a mí me gustan? — bueno; cuando yo le digo al duque: "Sea formal conmigo, señor duque; hable una vez en serio y no con ese tono un poco burlón y ese aire de superioridad que usa cada vez que se dirige a mí", ¿sabés lo que me contestó? Pues esto. "A las muñequitas como usted se les debe hablar como yo lo hago. Después que nos casemos, y yo la eduque a usted a mi modo, y rompa la muñequita y con sus restos haga una mujercita de verdad, recién entonces hablaremos en serio". ¿Lo oiste, Anatilde, al muy pretencioso? "¡Lo que me eduque!" Te garanto que varias veces me han venido ganas de darle un "bife" de esos que sé dar tan bien cuando me irrito. Pero el "bife" parece que no es protocolar.

"Entretanto, mi casamiento, quieras que no,

se acerca a pasos del duque, que equivale decir agigantados.

"Tatita y mamá están locos con el muy italiano de su futuro yerno.

"Figúrate un duque de verdad entrando del brazo mío en la familia. Comprendo que hoy en día muchas porteñas andan loquitas por atrapar a un noble de categoría. Yo también tuve veleidades nobiliarias cuando, hace unos años, vino a nuestro país el príncipe heredero de Inglaterra; pero lo que supe que aunque me hubiera casado con él no hubiera podido reinar, se me fué la chifladura. Y precisamente ahora es cuando se me aparece el duque don Orlando de Alessandria de Campoformio, solicitando "mi blanca"!... Termino esta larga carta afirmándote que **"no lo paso y no lo paso"**, ni a la manteca, ni al jugo, ni al pomidoro, y que si pudiera te lo regalaba a tí, que te gustan tanto los tallarines. Recuerdos a todos y besos de tu. — **Chola.**

"Nota.— Si lo ves a Juan Ramón, "el gauchito", dale mis recuerdos. ¡Las cabalgatas que hemos hecho juntos!..."

* * *

Carta de Chola Seriantes a Anatilde Figueroa

"Querida prima:

"Hemos llegado a la Villa Campoformio, si-

tuada a orillas del lago de Garda, hermosa propiedad de mi marido, donde vamos a pasar nuestra luna; para él, de miel; para mí, de hiel.

"¡Mi marido! Me parece mentira que yo pueda darle ese nombre al señor que me acompaña a todas las horas del día; que come conmigo, que participa de mi alcoba y me guía por el camino de mi felicidad haciendo todo lo contrario de lo que a mí se me ocurre; pero con tanta habilidad, diré hipocresía, que la mayor parte de las veces casi no noto su autoridad. A decir verdad, no me resulta fastidioso, porque es gracioso en sus ocurrencias y tiene una inventiva extraordinaria para divrtirme. Te juro que le aceptaría con gusto como compañero de excursión, ya en auto, ya en yate, ya a caballoá pero, terminado el paseo: "arrivederci, caro mio'" hasta... unos quince días después.

"Lo que más me fastidia es su eterna sonrisa de superioridad y sus observaciones de mi manera de comportarme.

"Cuando bailaba el tango o el shimmy a bordo del "Conte Rosso", donde hemos venido a Italia (el duque, mi esposo, baila bien, pero no le gusta lucirse, me dejaba elegir el compañero que me agradara.

"El se quedaba fumando su habano por los corredores, indiferente al parecer.

"Después de terminado el baile venían las observaciones.

"—Has estado inconveniente en tu manera de bailar el tango. No hay que acentuar exageradamente los movimientos de cadera; tampoco hay que apretarse tanto contra el compañero, "signora duquessina!"

"Lo de "signora duquessina" es la espina que me encaja hasta la médula cada vez que tiene que retarme.

"—No te rías tan fuerte, que es inconveniente en una "signora duquessina". No es necesario que muestres las espaldas hasta la cintura, sí... "signora duquessina".

"Apenas llegamos a Niza fuimos a parar a un hotel sobre la Riviera. Parece que hice tantas inconveniencias desde que llegamos, llevada por mi natural despreocupación, que cierto amigo de mi esposo le dijo "que a esa mujer que le acompañaba, creía haberla visto cantar en un teatro de varietés de Biarritz".

"Figúrate la que se armó: casi hubo duelo y que sé yo cuántas cosas terribles más. Solucionado el incidente, mi esposo me dijo, siempre sonriente y con su voz silbante:

"— "Signora duquessina" (!), esta misma noche partimos para mi villa en el Lago de Garda, y de allí no saldremos hasta que haya transformado la muñeca sin cerebro que hay

en usted, en una "señora duquesa" de verdad".

"Al pan, pan; y al vino, vino.

"Aquí me tienes, aburrida como un prisionero en la más bella prisión que dar se pueda. Bien es verdad que gozo de cierta relativa libertad. Paseo de todas maneras, tengo un batallón de criados y criadas para mi servicio, pero me aburro a pesar del bello paisaje que tengo ante mi vista a todas horas del día y de la noche de luna. El "señor duque non mi va". Es demasiado hombre para mí. Me hace el efecto de una institutriz aparentemente amable, pero que oculta en el fondo de su sér una severidad demasiado severa.

"Más me parece un director de mi persona que un marido. Y lo que me es más doloroso: reconozco que tiene razón en ser como es. El me estudia, me observa, trata de adivinar mi pensamiento. Es un verdadero duelo que hemos entablado por conquistar la supremacía de uno sobre el otro. Hasta ahora ha empleado todos los medios para dominarme: la dulzura, la indiferencia, el enojo, la convicción, el razonamiento, la irritación... No le ha dado resultado; parece que sigo tan inconveniente, chúcara y bellaca como antes de mi casamiento. Le falta ensayar la violencia; pero no le creo capaz de llegar a ella porque se va a topar con el horcón del medio.

"Cómo extraño mi ciudad querida!... Y la estancia. ¡Y a tí y a todos los míos! Estoy de pastas, ravioles, capellettis, macarrones, hasta los tuétanos.

Te besa, tuya — **Chola.**

"Nota. — No te olvides de darle recuerdos a Juan Ramón".

* * *

Carta de Chola a Anatilde

"Querida prima:

"Lo que me temía, sucedió hace ya una semana. Mi esposo, el excelentísimo señor duque Orlando de Alessandria, ha descendido a la altura de cualquier zapatero enriquecido, empleando la violencia, sí, la violencia, para suprimir mis impertinencias y dominar mi carácter imposible de niña mal criada.

"Figúrate que estábamos de punto en blanco para ir a una "soirée" en un castillo vecino de un príncipe ruso. Yo, de gran gala. Mi marido, de frac, ostentando el Toisón de Oro, el collar de la Annunziata, la gran cruz de la Legión de Honor y otras condecoraciones.

"Como la fiesta se iniciaría a las 9 de la noche y la distancia que nos separaba del castillo es bastante grande, resolvimos comer antes de partir.

"Nos sentamos a la mesa. Apenas iniciada la comida, se entabla entre nosotros una discusión sobre una tontera.

"Te advierto que de un tiempo a esta parte le armo incidentes por cualquier cosa con tal de contrariarle y agitar un poco la monotonía de la vida que llevo. Que sí, que no, que no, que sí; nos irritamos, y ante una frase hiriente de mi marido, ofensiva sobre todo para mi mamá, en lo que respecta a la educación que me había dado, me siento reservada para las grandes chita" que tengo reservada para las grandes ocasiones, me levanto y, fuera de mí le zampo por la cabeza al señor duque un vaso lleno hasta los topes de vino.

"Ante aquella ducha inesperada que le dejo la camisa a la miseria y el frac empapado, ¿qué hace mi señor marido? Pues se levanta a su vez tranquilamente, toma con ambas manos una entera fuente de tallarines que tenía delante de él y me la pone de sombrero.

"Figúrate cómo habrá quedado mi cabeza al verme así, disfrazada, en el gran espejo del comedor, con los tallarines que me colgaban como cabellos de Angel.

"Si no llega a estar él delante, me pongo a reir a carcajadas; pero opté por llorar y zapatear fuerte como si bailara un gato, y protes-

tar de mi desgracia al encontrarme al lado de un noble tan vulgar etc., etc.

"El fuése a sus habitaciones después de hacerme una reverencia y yo tuve que ir al baño.

"Durante tres días permanecí encerrada, pero lo que supe por la mucana que el duque todos los días se iba a caballo al castillo del príncipe ruso y salía de paseo con la princesa, solitos los dos, resolví presentarme ante mi marido. Fué verme y lanzar una estentórea carcajada.

"Yo me quedé idiota al principio, pero al recordar la facha ridícula que tenía cuando me puso la fuente de sombrero, también me puse a reir y...

"¿Lo creerás? Por primera vez, desde que nos habíamos casado, le dí un abrazo de veras y le besé hasta el cansancio con amor.

"¿He dicho amor?

"Recibe los cariños de tu — **Chola.**

¡Ah! A Juan Ramón "no le des" recuerdos".

* * *

Carta de Chola a Anatilde

"Querida prima:

"Estamos en Roma; hemos venido mi querido Orlando y yo a la fiesta del cumpleaños de S. M. el rey.

"Mañana seré presentada a la corte en mi

calidad de duquesa de Alessandria y recibida como dama de honor de S. M. la reina.

"¡Cómo me van a envidiar en ésa lo que se enteren! Te advierto que estoy completamente cambiada. La muñeca que rompió el señor duque se ha transformado en una mujer hecha y derecha.

"¡Lo que puede una fuente de tallarines volcada oportunamente sobre la cabeza loca de una muchacha sin nociones verdaderas de la vida! Ahora me doy cuenta de que para conquistar a ciertas mujeres hay que emplear el rigor. Me costaba convencerme de su superioridad de hombre, y una vez que me convencí, me he largado a quererlo como nunca he querido a nadie durante mi existencia. Te reirás de mí. De mí, que quería regalarte a ese tesoro que es mi Orlando.

"¡Qué hombre en todas sus cosas! ¡Soy feliz!

"Ya no extraño a mi querida patria y casi no me acuerdo de ustedes...

"Hasta la próxima te abraza tu prima — **Chola Seriantes, duquesa de Alessandria di Campoformio.** (Qué bien queda, ¿no?)

P. D. — A ese insolente de Juan Ramón, que se permite mandarme recuerdos, prohíbele severamente que se acuerde de mí. ¡Guardemos distancias, che!

La generosidad de Cacho

Cacho Quiroga Ibáñez andaba "pato" como el más pato de todos los que pululan en las lagunas del Jardín Zoológico. Era el estado más frecuente de su vida, salvo cuando la buena suerte le hacía acertar una redoblona en las carreras, un pleno en la ruleta, un "buen golpe" con trampa y todo en la mesa de poker del club, un copo en descubierto o jugada frín en la mesa de monte de cualquier tugurio de Avellaneda, etc., etc.

Las satisfacciones únicas de su existencia dependiían del azar en las variantes numerosas del juego. Casa la tenía y muy buena; el palacio de los Quiroga Ibáñez en las cercanías de la Recoleta. ¿Trajes? Su papá, el venerable don Saturnino, miembro de la Suprema Corte de Justicia, caballero sin miedo y sin tacha, que es como pasará a la historia, había dado órdenes a su sastre de que hiciera dos trajes y un sobretodo anuales a Cacho, ni uno más ni uno menos.

Un día en que el sastre le hizo tres por un descuido, Cacho empeñó los dos restantes.

Iguales medidas enérgicas se habían tomado con la indumentaria interior, los botines, las corbatas y los sombreros de Cacho.

Cacho Quiroga era el más atorrante de los niños bien porteños. Nació para no hacer nada útil. Vino al mundo para divertirse... Los empleos que tuvo, después de haber perdido el tiempo durante unos años en el colegio nacional, fueron innumerables y de todos fué suspendido porque iba a la oficina únicamente para cobrar.

Cansado su padre, resolvió dejarlo crecer como la mala yerba a su antojo y a su gusto.

Fué el terror de su casa en su afán de reducir a dinero cuantas joyas o cuanto objeto de valor podría hurtar a sus hermanas, a su madre o a su venerable papá.

Dormía todo el día. No almorzaba nunca y comía en casa cuando no lo podía hacer fuera de ella por su cuenta o por la de sus amigotes. Héroe de los pigalls, cabarets y bailongos inmundos capitaneaba la más célebre patota de la gran capital.

Guapo como un salvaje, mal pegador siempre, traicionero y vengativo como un mulato. Parecía la escoria de su familia y lo era.

No quería a ninguno de los suyos; y no apre-

ciaba a nadie fuera de sí mismo. Fuerte, robusto, de gallarda presencia se hacía simpático en seguida con su sonrisa dulce, sus ocurrencias criollas de buena ley y su cinismo amable; pero en el fondo de su ser era un perfecto truhán, un bandido, un desvergonzado hábil. Tenía una virtud: la de ser de una generosidad que rayaba en lo increíble, cuando se hallaba **pasado de la bebida.**

Cacho Quiroga borracho y con dinero en el bolsillo era la pila de agua bendita de sus compinches de farra; pero había que esperar a que se agregara a su estado de ebrio consuetudinario la difícil circunstancia de que anduviera con dinero.

Bueno; Cacho estaba sin un centavo meditando de dónde sacarlo, sentado en un café de la Avenida de Mayo frente a un jarro vacío de cerveza. De pronto ve aproximarse por la acera, en compañía del vicepresidente de la República, a un tío suyo que hacía muchos años no veía y que habitaba en una gran estancia del Sur de la provincia. Saltóle al cuello y abrazóle con fruición.

—¡Querido tío! ¿pero usted por aquí? ¿Cuándo llegó? ¿Por qué no ha ido por casa?

El tío contestóle con cierta frialdad, y después de pedirle anunciara su visita a don Saturnino para aquella misma noche, despidióse de él.

Cacho, una vez solo, entróse en un amplio za-

guán y sacó una vieja cartera del bolsillo de su saco.

Era la cartera del tío, al que se la había substraído con la habilidad de un punguista al darle el abrazo de saludo. Abrióla y al revisarla casi le da un vuelco el corazón y murmuró en el colmo de la indignación criolla:

—¡Viejo roñoso! ¡Mire que largarse a la capital con cincuenta mangos nada más! ¡Un millonario!

Y le enderezó todo el repertorio de insultos de que era capaz.

Cacho en compañía de su satélite, otro que bien baila, Nepomuceno Marcial o el **Tigre Ñato** entra en una tahurda del Paseo de Julio. Cacho llega a la mesa de juego donde un individuo de aspecto de facineroso talla las cartas.

Se juega al monte.

—Al rey voy diez pesos — ruge Cacho con su voz aguardentosa y enérgica.

Después de haber apuntado, dice para que le oiga el tallador:

—Mucho ojo, zorro, que no todas son guascas...

El tallador levantó la vista, y después de reconocer al bárbaro de Cacho le contestó amablemente:

—Aquí no hay zorros, don Cacho; aquí se juega limpio.

—Es lo que quiero ver... ¡pa su bien!

Los cincuenta pesos se fueron en un santiamén.

Cacho decepcionado interrogó a su amigazo el Tigre Ñato.

—¿Qué hacemos ahora, hermano?

El Tigre Ñato miró la mesa. En ese instante el tallador tenía por delante una cantidad enorme de billetes de banco.

—¡Mirá viejo! ¡Qué copo! ¡Hay que hacer la **jugada fría**!

La **jugada fría**, como le llamaba Cacho, era el lance de copar la banca sin tener dinero para responder en el caso de pérdida. Si sale bien o se acierta se cobra el copo, y, si no, se mete escándalo a trompis, puñaladas o balazos, que eran las tres especialidades de Cacho.

Cacho, dándose importancia, interrogó al Tigre Ñato en voz un poco alta para que lo oyeran:

—¿Traes los ocho mil, ahí?

—Sí hermano, son cerca de diez mil los que me diste pa guardar, ¿no te acordás?

Cacho avanzó por entre los jugadores hasta la mesa de juego y dijo con voz autoritaria, mientras simulaba sacar dinero de uno de sus bolsillos del pantalón:

—¡Copo la banca, al caballo voy!

El tallador le miró desconfiado; pero era tal el aplomo del mozo, tal su audacia, tal su resolución, que después de un momento de duda contestó como hipnotizado:

—¡Ta bien! Va carta...

Ganó el caballo. Cacho cogió el copo, lo puso en sus bolsillos y salió con su aparcero hacia el primer boliche que estuviera abierto. Entraron en uno y contaron el dinero. Había alrededor de nueve mil pesos.

Volvió a guardárselo Cacho. Pidieron una botella de whisky.

A las cuatro de la madrugada de aquel sábado Cacho y Tigre Ñato vagaban sin rumbo por las calles obscuras de los suburbios de la ciudad. El primero completamente borracho, el segundo fresco como una lechuga; pues había simulado beber esperando la hora de la generosidad de Cacho. Esta no tardó en llegar.

¡—Mirá, Tigre Ñato, vos sos mi amigo de verdad. Vos sos mi ángel de la guardia, mi madre casi! Vos me cuidás las espaldas cuando hay biabas. ¿A quién querés vos, viejo? ¿A mí? Y yo soy ingrato contigo. Nunca te refilo nada. Soy un lobo contigo. Toma cien pesos— y le tendió un billete de Banco.

Siguieron en silencio un largo rato.

En una esquina se detuvieron. Cacho prosiguió:

—¡Ah! Tigre Ñato. Si yo fuera millonario. ¿Ves todas esas casuchas, esas pocilgas? Pues yo lo volteaba todo abajo y hacía palacios pa los obreros. Pobres obreros que tienen que vivir en esas casuchas cuando ellos hacen los palacios.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se abrazó a Tigre Ñato, quizás por súbito y excesivo afecto o por no poderse mantener en pie.

—Vos sabés, hermano, que yo tengo un corazón como una catedral. ¿Cuánto te di antes, che?

—Cien pesos — contestó con desprecio Tigre Ñato.

—¿Cien, nada más? Soy un miserable, hermano. Mirá, me daría de cachetadas. Qué dirás vos de la generosidad de Cacho Quiroga? Tomá:

Contó a la luz de un farol tres billetes de a cien.

—¡Son trescientos, hermano! — Y le dió un beso en la frente.

Tigre Ñato tomó con desgano el dinero y se dejó besar.

Pensaba con ira que Cacho no estaba lo suficientemente ebrio, pues era bastante mezquino en sus dádivas. Otras veces en lo que llevaban de caminata hubiera pasado a su bolsillo más de la mitad de los nueve mil...

Siguieron caminando a paso lento, Tigre Ñato preocupado y Cacho monologando sobre su nobleza de espíritu y su corazón excepcional.

Entre los humos de su cerebro adivinaba que Tigre Ñato dudaba de lo que él decía e iba irritándose por grados.

—Porque yo, canejo, te quiero, pero también soy capaz de darte una **marimba**! ¿Cuánto te dí hoy, che?

De pronto se interrumpió.

Habían llegado frente a una ventana de reja. Un rayo de luz viva iluminaba la calle. Se detuvieron frente a la ventana.

Observaron.

Una anciana escuálida, una linda moza y una niña apenas núbil, caquética, planchaban vertiginosamente, sacando lustre a las camisas, a los puños y a los cuellos.

Los rostros fatigados y perlados por el sudor, el aliento agitado revelaban que el trabajo había sido duro y que se apresuraban a quererlo terminar antes de que llegara el día.

Un pobre viejo descrépito y casi ciego rociaba la ropa antes de entregarla al planchado.

Tan ensimismados estaban en su trabajo que no notaron la presencia de los curiosos. Cacho se sintió herido por el cuadro aquel de trabajo y de miseria, y también por la incredulidad que le demostraba su amigo cada vez que él ponderaba su propio gran corazón:

—Mirá, hermano. Qué lindo cuadro pa un Rafaelo o un Miguel Angelo. Y pensar que

mientras esta gente trabaja hasta matarse pa que se luzcan los manates, nosotros andamos de bolera! ¡Canejo! esto no puede ser. Yo soy muy noble, muy bueno, y esto me conmueve el alma.

Y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Tigre Ñato le tomó del brazo temiendo algún acto de generosidad extemporáneo por parte de Cacho, que le privara de nuevas y sucesivas dádivas de dinero.

—Vamos, hermano. Esa gente es como los burros. Han nacido para trabajar. No les hagas caso.

—¿Qué no les haga caso? ¡Vos no tenés corazón! ¡Me extraña! ¡Pobre gente! Ahora vas a ver.

Metió su cara entre las rejas de la ventana y gritó a la anciana:

—¡Viejita! Escúcheme. ¡Soy Cacho Quiroga! Vea, linda moza. Atiéndame un momento.

Las mujeres dejaron el trabajo y entre sonrientes y amedrentadas observaron aquella máscara de mulato cuya sonrisa era tan dulce y cuya mirada era tan atrayente.

—Quiero que no trabajen más. Sí yo; no se rían, no se crean que soy un borracho. Quedáte quieto, Tigre Ñato. Vos no creés en mi generosidad ni en mi corazón. Bueno; ahora vas a creer a la fuerza.

Y tomando a puñados el dinero que llevaba en sus bolsillos comenzó a tirarlo hacia adentro del taller de planchado.

—Tomen plata. Que trabajen los eléctricos. Agarren plata no más.

El Tigre Ñato, fuera de sí, se prendía a los brazos de Cacho...

—¿Qué hacés loco de;... pero les das una fortuna. ¿Y a mí me dejás así?...

Cacho de un empujón lo hizo rodar por el suelo.

—Salí, canalla, crápula, hijo de la tal por cual. No sos digno de mi amistad.

Volvió a la ventana.

Las mujeres permanecían como extáticas frente de aquella lluvia de billetes de banco que había cubierto la mesa de planchar.

No creían a sus ojos ni se explicaban el hecho tan fuera del orden natural de las cosas.

Cacho prosiguió:

—Agarren esa platita. No ha sido robada. Fué ganada en el juego. Es para ustedes. ¡Todita! ¡Ah! Esperen...

Tomó con violencia de un brazo a Tigre Ñato, lo atrajo junto a la ventana, le incrustó el rostro entre las rejas y dijo.

—Vean bien a este macaco. Si después que yo me vaya viene a reclamar ese dinero me lo corren a planchazos. Y ahora adiós.

Pasóle el brazo por el cuello a su amigo y casi abrazados se perdieron por el Paseo Colón, donde Cacho cayó dormido en un banco, mientras Tigre Ñato, después de revisarle los bolsillos, se fué dejándolo abandonado.



Una piedrita en el camino

Pequeña de estatura, pero esbelta sin ser gruesa, llena de carnes. Rostro angelical, de nariz recta y diminuta sobre unos labios finos que dejaban entrever, por defecto o costumbre, parte de los incisivos y caninos como dientes de ratón. Ojos claros, celeste-grises, con el iris de un azul profundo, de mirada dura a ratos o de sorprendida casi siempre. Cabellera color castaño tirando a rubio. Manos preciosas. Elegantísima en el vestir, varonil en todas sus cosas, apasionada por los deportes, corría por sus venas sangre francesa por parte de padre y norteamericana por su madre. Carácter enérgico y porfiado, voluntarioso y tiránico, derrochadora y generosa, y a veces avara y mezquina hasta lo increíble, Clara Lorraine habíase casado hacía unos diez años con el estudiante de medicina, y actualmente médico famoso, don Guillermo Mario Bastión. Casóse con él por

simple simpatía amistosa más que impulsada por un amor verdadero.

El doctor Bastión estaba contento de su mujer. Era amable con él, atenta sin llegar a ser servicial, discreta, nunca celosa y menos malhumorada, al menos en su presencia. Dirigía la casa con una precisión cronométrica, atendía al cuidado y limpieza del consultorio y de la sala de operaciones con una meticulosidad rígida.

Veíanse a la hora del almuerzo, pocas veces a la de la comida, y fuera de los sábados en que iban juntos al teatro, las demás noches se encontraban en el lecho. El acostábase militarmente a las diez, pues tenía que levantarse muy temprano para atender a su clínica, y ella ambulaba por la casa, gastando sus nervios y su inquietud en miles de pequeñas tareas inútiles o insignificantes, hasta pasadas las doce de la noche.

Una vez sonada la hora Clara recorría la casa, observaba los descuidos de los sirvientes, apagaba ella misma las luces e íbase a su tocador. Una vez allí, acicalábase y preparábase como para una noche de bodas, pues tenía la coquetería de su feminidad y se adoraba a sí misma; metíase en su dormitorio, en puntillas, llegaba al lecho matrimonial y escurríase silenciosamente junto a su buen esposo, teniendo cuidado de no tocarle; apagaba la luz y, mien-

tras su marido soñaba con laparotomías, uretrotomías, salpingovariotomías difíciles, despreocupado del tesoro de mujer que a su lado tenía, ella... ideaba una aventura pecaminosa con un hipotético joven que no fuera profesional entusiasta y que por sobre todas las cosas la amara. Después de acariciar esa idea, dormíase casi como una santa... porque todavía no había pecado.

El galán hipotético lo encontró a la caída de una tarde al salir de una gran tienda. Alto, gallardo y buen mozo, tropezó con él materialmente.

—Disculpe usted, señora — dijo él, galantemente sacándose el sombrero.

—Está usted disculpado — y le clavó sus ojillos acerados.

¡Oh, sorpresa! Era el tipo soñado y tantas veces vislumbrado en la obscuridad de su alcoba. Era él. Le sonrió. El devolvió la sonrisa y apartóse de ella.

Clara iba a subir a su auto, que siempre guiaba ella misma, pero pensó que si lo hacía el mozo no podría seguirla y despidió el coche.

Dirigióse a pie a su casa. Apenas había caminado una cuadra sintió los pasos del joven. Cuando llegó a su casa detúvose en el zaguán y, sin poderlo remediar, casi contra su volun-

tad, le echó una mirada de esas que dicen más a un hombre que un libro de declaraciones amorosas.

Se vieron. Luego se amaron.

"El era libre como el sol". Sus propias palabras. Y Clara constituía su "único amor". Así se lo hizo creer. Entregóse ella a su pasión con todo el ardor de su temperamento, con toda la energía de su carácter y con toda la dedicación de que era capaz.

Raúl Cenosián, en cambio, había tomado aquel amor como una de las tantas aventuras que se le atraviesan a un buen mozo todos los días en la calle.

Cuando más convencida estaba Clara del amor y de la dedicación del joven, una mañana, al recorrer la vida social de un diario, casi se cae del séptimo cielo.

Anunciábase la boda de Raúl Cenosián con la bella y acaudalada estanciera... etc., etc.

Esa misma tarde al llegar Clara a la "garconiere" del mozo, el portero le entregó una carta y le dió la noticia de que don Raúl "había "liquidado" todo lo que tenía en la casa, porque se casaba dentro de poco".

La carta muy atenta y muy zalamera, decía lo que todas las cartas análogas.

Clara recibió la traicionera puñalada con mu-

cha tranquilidad, pues tenía carácter firme y resuelto, y una vez en la soledad de su casa imaginó miles de venganzas a cual más terribles. Pero tenía que evitar el escándalo, lo que es muy difícil en materia de venganzas amorosas y cuando se es casada y con una gloria de la medicina nacional.

Entregóse con más ahinco que nunca, y como medio de calmar su irritación y acrecentar su odio al traidor, a su pasión favorita por el automóvil.

Todos los días, al iniciarse la tarde, salía en su auto, sola, pues había resuelto evitarse la compañía del chofer, y sólo volvía a su casa cuando las luces alumbraban las calles de la ciudad. Se la veía por todos los caminos de los alrededores de la capital, sentada en su auto con el volante en ambas manos, fría, hierática, como ajena a este mundo.

Una tarde un perrillo ordinario y feo cruzóse en el camino de su auto que marchaba, como siempre, a toda velocidad.

Cayó bajo una rueda, que le destrozó al pobre animal las dos patas traseras.

Detuvo el coche, cogió al perro, lo llevó emocionada a una botica, donde se le hizo una primera cura, y luego de envolverle en algodón se lo llevó a su casa. Allí entregó el herido al doctor su esposo, "para que lo curara".

El doctor Bastión, acostumbrado a los caprichos y a las órdenes de su esposa, dedicóse en seguida a "componer" al desgraciado perrito, quedando profundamente admirado del corazón sensible que tenía su esposa, cosa que por primera vez comprobaba en diez años de vida en común. Es que las grandes decepciones tornan buenos a los temperamentos más fríos.

Un domingo por la tarde. El doctor Bastión ha rogado a su esposa que le lleve en su auto hasta la quinta de otro doctor famoso, puesto que su "limusina" profesional está en compostura. Clara disimula la irritación que le causa el extraño pedido y accede a llevarle hasta la quinta del doctor famoso. Parten; ella en el volante; él junto a ella hojeando una revista médica. Tarde espléndida, cielo límpido, sol amable, aire fresco.

El auto corre veloz y parece que tuviera alas. "Si siempre anda así mi mujer — piensa el doctor Bastión, bastante intranquilo — cualquier día me la traen convertida en papilla". Pero a ella no le dice nada porque sabe que sería inútil. Clara está acostumbrada a hacer su sacrosantísima voluntad.

De pronto, en medio del camino, aparece una pareja de enamorados. Detrás, varias señoras

y señores. Clara adivina más más que ve. Es Raúl y su esposa tiernamente enlazados.

La pareja, al ver llegar sobre ellos al auto con tanta velocidad, se separa; la mujer se acoge medrosa al borde del camino detrás de un montón de pedregullo. Raúl, atrevidamente, al reconocer el auto de Clara, se queda un poco a un costado, en observación, sin salir del camino. Cree que obligará a la chofer a desviarse un poco de la recta, y esta pequeña satisfacción le causa de antemano una inmensa alegría.

Pero Clara, al llegar sobre él, da un ligero golpe de volante y lo arrolla como si fuera un objeto cualquiera.

—¡Imprudente! — silban sus labios.

Gritos, ayes, lágrimas.

El doctor Bastión se lanza fuera del auto. Acude diciendo que él se responsabiliza de todo lo que ha pasado. Atiende al herido, le toma el pulso. Apenas palpita. Fractura de varias costillas, la base del cráneo fuera de su sitio. Caso gravísimo. Conducirlo al próximo hospital. Se aproxima el auto del herido. Se sube a él. El doctor Bastión resuelve acompañarlo hasta el hospital. Echa una mirada hacia su esposa. Esta permanece en su sitio, fría, insensible, tranquila. Sus ojos de sorprendida están un poco más abiertos que de costumbre y en su bello rostro angelical cabrillea una ligera sonrisa cruel, de

satisfacción íntima. La esposa de Raúl estaba desesperada, loca de dolor y repetía entre sollozos:

—Yo le decía: apártate Raúl. Te va a arrollar ese auto. Fué culpa de él. Sólo de él... — Y sollozaba a gritos.

El auto del herido se apartó del grupo lentamente. La familia y la esposa subieron a uno de alquiler que por allí pasaba, y partieron detrás del primero.

Sólo quedó en medio del camino Clara y su auto.

Mientras el doctor atendía al herido, una vez en el hospital, un pensamiento persistente le ocupaba el magín.

—¿Y el corazón sensible que había descubierto en su mujer, dónde se había metido?

¡Tanto dolor, tanta preocupación por un perro y tan poca atención por un hombre que ella misma había puesto al borde de la tumba!

—¡Incomprensible! — se repetía. — ¡Nadie sabrá nunca lo que hay en el corazón de una mujer!

El pobre no sabía, con toda su ciencia, que para una mujer traicionada más vale la vida de un perro que la de un hombre.

Clara, mientras volvía a la ciudad, también

trataba de resolver un extraño problema psicológico. Era éste:

—En el caso de que ella hubiera sido la esposa de Raúl, ¿habría sentido igual o mayor dolor que el manifestado por la propia mujer de aquél?

Y después de figurarse con todos sus detalles la cruenta escena, se contestó con un gesto de despreocupación:

—¿Yo? ¡Quién sabe!...

Y en su rostro apareció una expresión de esfinge.



Misterios de la Subconciencia

ADVERTENCIA

El autor del relato novelesco que vas a leer, oh amable lector, no es un "espiritista" convencido ni por convencer. Es un simple curioso "aficionado a la ciencia en general"!

En este trabajo, producto de sus lecturas sobre hipnotismo, sugestión y ramales afines, ha tratado de mostrar algunas de las manifestaciones primitivas más conocidas y comprobadas del inmenso misterio de la ciencia psíquica, apenas develado en la actualidad. A los no versados en estas cuestiones les parecerá inverosímil la telepatía consciente o inconsciente, las materializaciones y premoniciones, el desdoblamiento de la personalidad, las apariciones espectrales "emanadas" de los "mediums", etc., etc., hechos que ya han sido analizados con riguroso criterio científico y que se aceptan aunque no se explican, del mismo modo que se aplica la electricidad sin saberse en puridad lo que es en su esencia. Ni se sabrá nunca, quizá! Si hay certidumbre manifiesta en lo que

ataño a ciertos aspectos del hipnotismo y en algunas de sus múltiples derivaciones, es bien cierto que se está en plena ignorancia en cuanto a la cuestión del llamado "espiritismo", de palpitante interés contemporáneo y que por desgracia parece querer salirse del terreno de la pura ciencia para convertirse en una nueva religión. No afirma nada el autor ni niega nada; pero es indudable que en la tan debatida, afirmada y negada cuestión, "hay algo", como dice Maeterlinck; algo todavía indefinido, inexplicable, intraducible que si nuestros rudimentarios sentidos no logran fijar, no por eso deja de existir, lo mismo que existen los "catorce" movimientos de la tierra, a pesar de que "no los sentimos". Lea, el lector, la copiosa colección de documentos "llegados de todas partes del mundo", "que publica Flammarión en sus dos libros titulados "La Mort" (Avant et aprés), y una obra de vulgarización de Dubor, profesor de la Sorbona, sobre el estado actual del magnetismo titulada "Misterios del Hipnotismo", y quizá entonces no encuentre extraña la novela que sigue, que por otra parte está basada en un hecho absolutamente real y acaecido hace muchos años en la provincia de Santa Fe (R. A.), y que hasta ahora ha permanecido en el más absoluto misterio.

O. M. C.

Richard Walace entró en la antesala de la gerencia del Ferrocarril Internacional y, dirigiéndose a un majestuoso portero que ostentaba uni-

forme azul-turquesa con gruesos galones dorados y una gorra monumental de almirante alemán, le preguntó en casi correcto español y con cierta insolencia en el tono y sin sacarse la gorra de viaje que cubría su cabeza.

—¿Está el señor gerente del Ferrocarril Internacional, señor Archibaldo Rapsberry?

El portero fijó su olímpica mirada sobre aquel atrevido que osaba hablarle antes de que él le interrogara. Le observó un instante y al notar que el joven vestía modestamente y cubría su cabeza con una gorra de viaje bastante usada ya, iba a contestarle con el desprecio que empleaba con los numerosos postulantes de empleos que llenaban materialmente la antesala de espera de la gerencia todos los días, y en aquel mismo instante:

—El señor gerente no recibe a solicitantes de empleos... — cuando el joven comprendiendo su intención le extendió un sobre sonriéndose burlonamente y con verdadero desenfado:

—Entréguele esta carta al señor Rapsberry. Es de mi tío "el director general de la empresa en Londres".

El portero al oir estas palabras cambió instantáneamente el porte altanero habitual por una actitud de humildad perruna, tomó con unción la carta y después de hacer una reverencia exagerada al joven, que hizo reir descaradamente a éste, fuese donde el gerente.

Al breve rato volvió y dijo, sacándose la gorra:

—Su excelencia el señor gerente ruega al señor Vallace que pase.

El joven sacóse la gorra, pasóse la mano por la rubia cabellera que peinaba a la americana y entró resueltamente al "private office" del gerente.

El portero cerró con importancia la puerta tras de él, y se dispuso a continuar en sus funciones de desahuciador de pretendientes a empleos en el Ferrocarril Internacional.

Sir Archibald Rapsberry avanzó hacia el joven y sonriéndose amablemente después de estrecharle la mano le preguntó:

—¿Llegó esta mañana de Inglaterra?

—Sí, señor. En el "Amazón".

—Tenía noticias de su llegada. Su tío de Vd., el director general, me escribió una larga carta a su respecto recomendándomelo mucho... pero también me advierte, y yo debo ser leal con Vd., que le vigile mucho...

—¿Que me vigile?... — observó el joven vivamente herido en lo más vivo de su amor propio.

El gerente, con amabilidad suma, haciendo un gesto de espera:

—No se irrite usted, señor Vallace. Nada hay en contra de usted en lo que atañe a honorabilidad...; pero parece que en... materia de mujeres es usted... un verdadero tenorio inglés...

Sonrióse un poco alhagado Vallace.

—Oh! No más ni menos que otros jóvenes de mi edad. He tenido algunas aventurillas vulgares, que a mi tío, que es un solterón puritano, rabioso, de la vieja escuela y que no es presbítero metodista por casualidad, le han parecido escandalosas en grado sumo.

—Disculpe usted que insista... a mí nada me

va en ello, como usted comprenderá... Es su tío el que me advierte...; parece que la última "aventurilla" con la esposa del ministro de un país sudamericano en Inglaterra...

El joven sonrojóse muy a su pesar.

—Oh!, ¿sabe usted eso?

—También sé que su fuga con ella a España fué la comidilla sabrosa de los círculos sociales de Londres durante una semana o más...

Vallace permaneció meditabundo un largo rato y luego dijo:

—Desgraciadamente, todo es verdad y... lo más triste, señor Rapsberry, es que después de un año de alegrías y felicidad en España, el idilio se tronchó de pronto. Volvió ella a Londres, donde se reunió con su esposo, y yo me quedé en España sin amante y sin un céntimo...

—Pasé un año de miles de trabajos y miserias, y al fin se me ocurrió venir a América, puesto que las puertas de mi patria me estaban cerradas para siempre, por obra de mi tío, el puritano director general de esta empresa. El prometióme hacer valer su influencia siempre que me alejara del lugar del escándalo y de mi patria para siempre jamás. La conciencia de un puritano solterón como mi tío, señor gerente, es más dura que un bloque de granito.

El gerente, que era un hermoso ejemplar de viejo calavera con apariencias de lord inglés, le observó con agrado.

—Bueno. Vamos a lo positivo. ¿Usted desea emplearse en el Ferrocarril?

—Esa es mi idea.

—Muy bien. Me sería fácil el colocarlo en la Contaduría Central; pero eso me está prohibido por su querido tío.

—¿Prohibido?

—Sí, señor! — Buscó una carta en el escritorio, se la mostró al joven y le leyó el párrafo siguiente:

"Deseo que no lo emplée en ningún centro de población importante; al contrario, para castigo de sus faltas y regeneración de su desastrosa vida de calavera empedernido, mándelo lejos de las ciudades y pueblos; al campo, a una simple estación perdida en el desierto, a cien leguas de toda mujer, esa fuente de todas las desgracias de la tierra."

—¡Caramba con mi tío! — objetó en voz baja el joven, visiblemente aterrado al conocer las severas disposiciones de su recomendante.

—No se asuste usted. Yo le emplearé a usted en forma tal que su tío quedará satisfecho completamente... y usted también. Hay vacante un empleo de jefe de estación...

—¿En un desierto? — preguntó alarmado Vallace.

—En este país no hay desiertos. Al contrario, dicha estación está en una comarca que es un paraíso terrenal. Si bien dista muchas leguas de los centros de población, está rodeada, en cambio, de estancias muy importantes, y en las que hay cada estancierita capaz de volver juicioso al más calavera de los calaverones ingleses. Vea usted. — Y

le señaló con el dedo un mapa ferroviario que había en una de las paredes.

—¿Dónde? — interrogó curioso el joven.

—Aquí. Siga en el mapa mi dedo. Partiendo de la capital y siguiendo la línea férrea, llega a la ciudad de Villa Alta, que es este punto negro. No se detenga usted en ella, siga de largo. Su tío así lo quiere. Pasa usted este gran río por un magnífico puente, y cuatro dedos más allá que equivalen a unos cien kilómetros, nos detenemos en este puntito: "Estación La Palma", en el kilómetro 423, que está ubicada en plena región ganadera, cruzada por muchos arroyos, con campos magníficos, etc., etc. Estación de escaso tránsito y, por lo tanto, de poco trabajo. Hay allí un buen telegrafista, un jefe interino que le enseñará a usted lo que deberá hacer, así como un peón guardavía.

En un mes de práctica aprenderá usted a ser un buen jefe de estación. Después de un año le traeremos a la capital, siempre que su tío no se oponga, y si para esa época no se ha robado todavía la esposa de algún estanciero vecino...

—No pierda usted cuidado, señor Rapsberry. El gato escaldado huye del agua fría... No quiero saber más nada con mujeres casadas.

—Eso lo veremos... más adelante.

—Se lo juro a usted.

—Entonces. Queda usted nombrado jefe de la estación "La Palma".

—¡Qué más remedio me queda! — exclamó el joven echando una triste mirada como de despedi-

da al mundo por el ventanal del despacho de la gerencia, de donde se dominaba gran parte de la ciudad.

—Yo le daré cartas de presentación para varios estancieros de la localidad. Le espera una vida tan divertida que no va a desear el volver más a la ciudad. Pásese mañana por aquí a recibir órdenes.

Le dió un fuerte apretón de manos, y le acompañó hasta la puerta de salida.

Vallace salió como aturdido sin mirar a ninguno de los muchos parásitos que estaban en la antesala, y sin notar la profunda reverencia que le hizo el portero con facha de almirante alemán.

***

Richard Vallace apenas contaba veintiocho años de edad. Era el segundo hijo de un coronel del ejército inglés que había fallecido en los primeros tiempos de la gran guerra. Su familia era de las más distinguidas de su país. Su tío, el director general, se hizo cargo de la familia a la muerte de su heroico hermano.

El joven era un perfecto buen mozo de la especie del "bonito" de "cinematógrafo", tan en boga hoy en día entre las niñas cursis y sentimentales. Rostro simpático, mandíbula enérgica, ojos vivaces, cabello rubio y peinado hacia atrás, sonrisa estereotipada en el rostro que dejaba ver continuamente toda su dentadura blanca y en estado de notable conservación. Alto, delgado, con elegancia natural, de ademanes resueltos, hubiera sido el perfecto héroe de una aventura en el país del oro, a base de Mary Pickford, Perla White u

otra tonta insoportable por el estilo, con "cow-boys", bandidos, raptos, miles de tiros sin un solo muerto, cabarets de una moralidad completamente presbiteriana, asaltos, incendios y casamientos al final, con abrazo casto, beso en la frente, paisaje de puesta de sol, sobre un mar de aceite al foro y "esfumamiento" en la sombra gradualmente invadente, de la pareja feliz.

***

Con la resolución que es virtud característica de los sajones, Wallace se dispuso a transformarse en un perfecto jefe de estación, no sólo para hacer méritos ante los ojos del señor Rapsberry y de su tío, sino por distraerse del supremo "spleen" que se había apoderado de él desde el momento en que se había embarcado rumbo a América.

Una vez que se hizo cargo de la estación "La Palma" y después que hubo partido el jefe interino a quien había reemplazado, quedóse en la pequeña estación acompañado por el telegrafista, un viejo silencioso y casi monomaníaco que fuera de las horas de su trabajo coleccionaba sellos de todos los países de la tierra en la soledad de su piececita, ubicada tras de la estación; y un mozo que hacía las veces de guarda-vía, mensajero, criado, peón, y no sé que otras varias ocupaciones.

Tanta impresión causó en el ánimo de Wallace la tristeza y la soledad de la estación "La Palma", que dicho sea de paso, ocupaba un bajo pantanoso y lleno de abrojos, que le entraron fuertes deseos de suicidarse. Pero no lo hizo. Como desquite

a su falta de voluntad para llevar a cabo el suicidio, resolvió concretarse a su trabajo con toda dedicación, evitándose en todo lo posible el tratar con ninguno de los vecinos para los cuales traía calurosas cartas de presentación.

El país era pintoresco con la característica amable de algunas regiones argentinas, donde si no hay llanuras extensas ni sierras de verdadera importancia por su altura, el suelo es onduloso, rico en ríos y arroyos, abundante en arboledas alrededor de cada estancia ,y con bosques de árboles bajos, espinosos y de poca fronda al borde de cualquier corriente de agua por pequeña que sea. Región dedicada a la ganadería era, por lo tanto, poco poblada. Las estancias eran por demás extensas, y "las casas", en general, distaban muchas leguas unas de otras, lo que hacía difícil la comunicación frecuente entre ellas. De las muchas casas que apenas se divisaban en lontananza por entre la masa de arboleda que las rodeaban, sólo tres, a unas pocas leguas de la estación, se hallaban a poca distancia entre sí. Las tres ocupaban la cima de otras tantas colinas, y eran de muy distinto aspecto.

La más próxima al ferrocarril era una "media agua" de tipo anticuado y modesto, de techos bajos y ancha solera y galería de vidrios de alegres colores, circundada por un bosque de acacias negras, eucaliptus, pinos, paraísos y muchos árboles frutales. Era la antigua estancia de los Strasford, de los primeros y más poderosos fundadores de establecimientos de campo del país. Su último he-

redero, don Tomás Strasford-Avon, apenas conservaba del rico patrimonio heredado unas tres mil hectáreas, sobre las cuales pesaban varias hipotecas ilevantables. Una vida de derroche y holgorio en la ciudad, le habían llevado a ese extremo y ya viejo y desesperado habíase retirado en la estancia en compañía de una hija, Sybila, mujer hermosa si las hay, de veinticinco años de edad, gallarda, enérgica, voluntariosa, hábil en todos los deportes, jinete consumada y del carácter más libre y alegre que darse pueda. Con tantas virtudes, necesariamente no habían de faltarle pretendientes; pero desde pequeña estaba destinada, por compromiso formal, de familia, a un primo suyo, Eduardo Strasford-Sidney, actualmente único sobreviviente de su apellido, cuyo padre había sabido conservar y acrecentar en forma fabulosa el patrimonio recibido. Las "casas" de Eduardo ocupaban lo alto de la segunda cuchilla, y eran verdaderamente soberbias y únicas en cien leguas a la redonda.

Un verdadero castillo medioeval con un parque inmenso, jardines a la inglesa, bosques mantenidos en estado selvático, con canchas de "tennis", de "golf", de "polo", etc., etc. y de todas las comodidades y lujos para satisfacer al más exigente de los viajeros. Cuarenta o cincuenta mil hectáreas constituían la fortuna territorial de Eduardo Strasford-Sidney, hombre de unos cuarenta años, pero que por su excesivo amor al wisky y al gin parecía pasar de los sesenta. Rubio y sonrosado como un refresco de granadina, grueso con exce-

so y de estatura más alta de lo regular, cabeza grande y casi cúbica, ostentando una calvicie prematura; de carrillos y nariz violáceos, labios belfos que dejaban entrever unos dientes enormes y amarillos, ojos saltones de un verde turbio, nadando continuamente en un mar de lágrimas y cuya mirada tenía la mezcla de dulzura, desconfianza y estupor con que miran los bueyes cuando ven pasar el ferrocarril.

A todo este conjunto de bellezas se agregaba un total descuido en su indumentaria, una eterna sonrisa de cretino grabada en el rostro y una grosería perfectamente campera en sus palabras, gestos y ademanes. ¡Qué contraste con la hermosura tan original y cautivante de la bella prima que le estaba destinada para esposa!!

Sybila no le amaba, pero respetuosa, "a la inglesa", de las decisiones paternas, y dándose cuenta de que el matrimonio con su primo, salvaría a su apellido de la deshonra y a su persona de la miseria, aceptó el compromiso, esperando sin ansias y sin apuros que su prometido se decidiera a abandonar su para él deliciosa vida de soltero, cosa que todos los años postergaba, pues dolíale en el alma, al sólo pensamiento de caer en las redes de su voluntariosa y extraña prima, perder por ese motivo su libertad de embriagarse a todas las horas del día y de la noche y tornarse hombre atento, galante y obsequioso; él, que era un grosero y un avaro en una sola pieza.

En la tercera colina se hallaba una casa moderna, más propia del centro de una ciudad que de

una estancia. Tenía un zaguán espacioso y dos pares de balcones a los flancos, que daban a una especie de calle ideal formada por una fila de álamos escuálidos frente de otra de casuarinas fúnebres a distancia de unos veinte metros. Más allá, un pedregal y el bajo pantanoso lleno de abrojos. Tal era la vista alegre que ofrecían los balcones al que se asomara a ellos con ánimo de disfrutar del paisaje.

En la casa habitaba el doctor Raymundo Herr Spielborg, su esposa Elsa y dos hijos, Sigfrido y Bruneguilda, jóvenes ambos, tan amarillos, que parecía que en sus venas circularan flores de retama en estado de licuefacción.

El doctor había ejercido la profesión de médico durante treinta años, en la ciudad de Villa Alta, y después de haber realizado una regular fortuna, había adquirido una estancia cerca de la estación "La Palma", había hecho edificar una casa a su gusto y costumbres, y se había retirado a vivir en ella con su familia en el "dolce far niente" de los privilegiados de la suerte.

Como entretenimiento único a su aburrimiento habíase entregado de lleno a la práctica del hipnotismo, magnetismo y espiritismo, para cuyo efecto contaba con un "medium" de potencia nunca igualada ni por Eusapia Paladino. en la persona de su robusta, sanguínea y gigantesca esposa Elsa Gunebunda, la cual sentía debilidad por caer en sueño hipnótico en brazos del primer joven que se prestara a hacerle los "pases" más preliminares. En aquella casa se practicaba todas las formas de sugestión, telepatía y espiritsmo conocidos

y por conocer. ¿El doctor Herr Spielborg deseaba un vaso de agua, estando a solas en su escritorio? En seguida empleaba la telepatía. Ordenaba "in mente" a su esposa, que estaba en el fondo de la casa, le trajera "un vaso de agua".

Elsa Gunebunda caía "en trance" instantáneamente y las más de las veces le llevaba un... banco, un acuarium con sus peces de colores o una azada. A veces, el vaso de agua!

El joven Spielborg era especialista en la "levitación". Por su propio esfuerzo y después de hipnotizado se "levantaba solo en el aire" hasta escribir su nombre en el techo de la pieza donde efectuaba el experimento.

Pero esa extraña facultad la perdía fuera de su propio domicilio, y aún hallándose en éste, debía realizar la prueba en el estudio de su señor papá, sinó... no había levitación ni nombre en el techo.

Brunequilda era especialista en sonambulismo "translúcido". Las veces que la habían sorprendido a altas horas de la noche paseándose ligeramente vestida por los alrededores del galpón, donde dormían los peones, con una vela apagada en la diestra, los ojos cerrados, en la actitud de Machbeht, pronunciando palabras cabalísticas en voz casi ininteligible.

El doctor Herr Spielborg invitaba semanalmente a los estancieros vecinos a que asistieran a sus sesiones de espiritismo.

En invierno las sesiones tenían lugar de tarde y en estío de noche.

Una vez relacionado con la gente de aquellos

pagos, a lo que contribuía su profesión médica, sus experiencias, que al principio dejaron en la indiferencia o en el asombro medroso a la mayor parte de los concurrentes, llegaron a interesar de tal modo a éstos, que el doctor hubo de limitar el número de invitados, so pretexto de que la "medium no caía en trance", si en la estancia "astral" había más de trece personas, número fatídico, por excelencia!

Naturalmente, Sybila y su prometido, Eduardo Strasford, eran de los invitados "especialmente". El sabio doctor acariciaba la idea de casar a los "choclos" de sus hijos con Sybila y Eduardo, respectivamente. Sigfrido amaba a Sybila con un amor silencioso, profundo y trágico, propio de un personaje de "Los Nibelungos", de cuyo héroe usurpaba el nombre.

Brunequilda amaba expresivamente, ostensiblemente, germánicamente, a la inmensa fortuna de Eduardo, pero tanto Sybila como Eduardo no entendían ni el silencio preñado de amor del joven ni las descaradas insinuaciones de la joven nibelunga, lo cual preocupaba hondamente al doctor.

En balde habían sido todos sus esfuerzos para lograr que Sybila se sometiera a ser hipnotizada una sola vez. La joven, por instintivo temor, no quería entrar en relaciones subconscientes con el meloso si que interesado sabio. En cambio, Eduardo Strasford Siney, con la suprema indiferencia del beodo consuetudinario, lo mismo hacía las cosas sobrenaturales que las comunes, y se sometía gustoso a todos "los pases hipnóticos" del doctor.

Se dejaba colocar una bola de vidrio en la fren-

te, y la miraba hasta ponerse bizco para adentro, de los dos ojos, pero no caía en sueño hipnótico; se colocaba nariz con nariz, junto al magnetizador, y mientras éste ponía el rostro como máscara japonesa y le acicateaba con las espuelas de sus miradas terribles, hindemburguianas, Eduardo se sonreía plácidamente, y no caía en estado cataléptico; se dejaba acostar en el suelo, se le encendía una luz de bengala deslumbrante junto a los pies, mientras el doctor, agachándose sobre él, le clavaba sus dedos crispados en los hombros, ordenándole con voz enérgica que se durmiera; pero Eduardo miraba consumirse la luz de bengala y no "caía en estado de sonambulismo".

El doctor concluyó por creer que el fluido magnético no tiene acción en un alcoholista sempiterno, y le "mandaba a rodar" en alemán, acompañado el envío con una seráfica sonrisa.

No pudiendo hipnotizar a Eduardo su hija Brunequilda podía perder la esperanza de casarse con el rico estanciero. Por cuyo motivo, el doctor comenzó a odiar al rico hombre de todo corazón. Las sesiones de espiritismo contaban con un "medium" eficaz y obediente en la persona de Elsa Gunebunda, la esposa del doctor.

Evocaciones de espíritus de desaparecidos vulgares y de muertos célebres, materializaciones y desdoblamientos de las personas, levitaciones de mesas, sillas y toda clase de objetos, apariciones fantasmagóricas y comunicaciones telepáticas con individuos residentes en lejanas regiones, todo el "manual del perfecto medium" era conocido por la exuberante señora.

De los asistentes, el que no salía de la sesión loco de remate o asustado hasta el terror, jurando no volver más a casa del doctor, tornaba a ella más entusiasmado que nunca. Bien pronto se iniciaron sesiones espiritísticas en algunas estancias vecinas, y hasta en la del padre de Sybila se efectuaron algunas memorables, claro está, con la asistencia de Herr Spielborg y su familia.

***

Cierta tarde, a la hora de ponerse el sol, después de varios meses de haberse recibido de la estación "La Palma", Richard Wallace se hallaba sentado meditabundo en un banco que había debajo de la solera. Pensaba en su lejana patria, en la ironía de su destino que le había llevado tan lejos del "mundo" civilizado, y se sentía hastiado hasta los tuétanos de la vida metódica y rutinaria del oficinista que había aceptado por puro amor propio, aislándose en aquella ignorada estación de ferrocarril, sintió de pronto el galope de un caballo y la voz argentina de una joven que gritaba:

—Stop! Stop! My dear! Stop!!!...

Frente de él, en la vía del tren, detúvose clavando de golpe las cuatro patas en el suelo un brioso "pangaré" que montaba a la "americana" o "a lo hombre" la misma Sybila en persona.

Vestía de "cow boy" y su ancho sombrero había caído sobre la espalda, sosteniéndose en el cuello con el barboquejo y dejando libre la rubia y opulenta cabellera de la hermosa joven.

Esta sujetó enérgicamente con las cuatro rien-

das al corcel después de haberle aplicado algunos fustazos, y saludó sonriéndose a Wallace.

—¿Tengo el gusto de hablar con el nuevo jefe de la estación? — preguntó en inglés .

—Yes! mi lady! — contestó el mozo todo cortado y sorprendido por la súbita aparición.

Ella lo miró con esa franqueza noble y libre de cuidados que caracteriza a las jóvenes inglesas educadas, y dijo aludiendo al caballo que montaba, esta vez hablándole en castellano:

—Es un "redomón"! Todavía no está domado del todo. — Y con un gesto gracioso de amenaza: — Pero... le domaré. Soy más porfiada que él!...

Richard, que se había levantado sacándose respetuosamente la gorra, contestó, dándose cuenta de que halagaba a Sybila elogiándole su corcel:

—Es un hermoso caballo! Mejores no los tiene lord Westminster.

Después de breve silencio durante el cual ambos jóvenes se compenetraron mutua y simpáticamente, ella preguntó:

—¿Usted es el señor Richard Wo... Wall...

—Sí, señorita, Richard Wallace, para servir a usted...

—Ah, hombre incivilizado! ¿Por qué no me ha traído la carta de presentación que le dió para mí el señor Archibald Raspberry, el gerente del ferrocarril en la capital?

—Oh! Pido mil perdones por esta falta... Mis numerosas ocupaciones...

—¿Qué ocupaciones? Si en esta estación nunca hay nada que hacer — y se rió ingenuamente.

—Puede que tenga razón...

—Ah!, ya sé; diga la verdad. ¿Usted creía que Sybila Strasford Avon era alguna vieja solterona? ¿Cierto?

—¡Oh!

—Diga la verdad!—insistió apoyando el codo sobre la montura y la cabeza sobre la mano, mirándole con interés.

—Tiene usted razón. Nunca me hubiese figurado que tuviera mujer tan bella cerca de esta estación.

—Pstt! ¡Nada de piropos! Estoy comprometida seriamente,—dijo afectando seriedad y compostura.—¡Pronto seré esposa!

—¿De quién?—preguntó indiscretamente y con vehemencia Wallace.

—¿De quién seré esposa?—La joven miró hacia el punto de donde había venido, y notando que Eduardo Strasford, su novio, se aproximaba montado a caballo en un poney que marchaba al "trote inglés".

—De ese señor que viene ahí.

—¿Quién es el hombre destinado a tanta felicidad?—insistió Wallace aproximándose todo lo que podía a la joven.

Y ella, entre seria y burlona, indicándole a Strasford con la fusta:

—Fíjese bien. ¿Es ese "rico tipo" que viene ahí! ¿Verdad que es divino, mi primo? ¿Qué le parece, un hombre tan grande montado en un caballo tan chico?—Y lanzó una alegre carcajada. Luego, notando que su novio llegaba junto a ellos tornóse seria y le dijo:

—Mi querido primo: tengo el gusto de presen-

tarte al nuevo jefe de estación, el señor Richard Wallace—y observando la mirada despectiva que le echó, agregó:—Sobrino del director general de la empresa en Londres.

Strasford al oir esto se quedó tan fresco e impasible como de costumbre. Le contestó el saludo con indiferencia; bajóse con dificultad de su cabalgadura, se quitó el pequeñísimo jipi-japa con el cual intentaba en vano cubrir su enorme cabeza, sacó del bolsillo posterior de su pantalón un enorme pañuelo blanco, que más parecía una tohalla, y empezó la operación de secarse el sudor que le brotaba de todos los poros de la rubicunda cara, el rebosante cuello y la pelada cabeza.

Wallace le obserbava como estupefacto y se repetía "in mente":

—Este animal es el futuro esposo de... No, no puede ser...

Sybila comprendió lo que en ese momento pensaba el joven, y cortóle el soliloquio diciéndole:

—Bueno. Ya sabe usted que le recibiremos en mi casa con mucho gusto.

—¿Por qué no se baja usted del caballo un momento y me hacen los dos el honor de aceptar un refresco o una taza de té—y mirando a Eduardo: —Tengo un wisky excelente...

Strasford iba a aceptar la invitación con una expresión intensa de alegría reflejada en el rostro, cuando Sybila dijo con su autoridad acostumbrada:

—No! Gracias, señor Wallace. Hoy no "acepta-

mos'' su galante invitación. Otro día será. El sol acaba de ponerse, y de aquí a la estancia de papá hay un buen trecho que recorrer. Vamos, Edgard. Strasford montó con visible disgusto en su poney. La joven tendió con viveza la mano a Wallace di-diciéndole:

—Le esperamos a usted el sábado a comer con nosotros. Luego de la comida habrá una interesante sesión de espiritismo y una ''cinderella dance'' hasta las 12..., que se prolongará hasta las 2 a. m.

—¡Oh! Acepto gustoso la invitación. No faltaré.—Y le estrechó la mano con verdadero entusiasmo.

Strasford, después de terminada la difícil operación de colocarse a horcajadas sobre el ''petizo'' le saludó tocándose apenas el sombrero, y por decirle algo:

—¿Ve Vd. aquel castillo? Es mío... ¿Y todo lo que se ve de campo hasta allá lejos? ¡Es mío! Pero yo no lo invito a visitarme porque nunca estoy en casa—y se rió con su risa de cretino como si hubiera dicho una gracia.

Sybila le miró casi con ira y le ordenó.

—Eduardo: te prohibo que digas estupideces! Adiós, señor Wallace. — Y le envió la más graciosa de sus sonrisas mientras espoleaba y le daba un vibrante golpe de fusta a su caballo.

Arrancó éste al galope, alejándose en seguida de su acompañante, que iba al paso de su poney, vacilando entre seguir a su novia o volverse para

aceptar el "wisky" ofrecido por el jefe de estación; pero optó por lo primero.

Wallace siguió con la vista a la gallarda joven hasta que ésta se perdió de vista y luego se sentó pensativo en el banco.

—No dirá mi tío — meditó irónicamente — que yo voy en busca de las mujeres de otros. Ellas vienen a mí sin yo quererlo. Aún en "medio del desierto", se me ponen a tiro.

Luego reflexionó sobre el compromiso entre aquella real moza con el cretino de su primo y recordó la frase de éste: "aquel castillo y aquel campo es mío", que le reveló la razón del futuro matrimonio.

El viejo telegrafista se asomó a pedir órdenes a Wallace.

Este, después de dárselas, le preguntó:

—¿Usted conoce a la joven y al hombre que acaban de estar aquí?

—Sí, señor. Ella es la hija del doctor Tomás Strasford. Un viejo estanciero casi fundido. El es su primo, el estanciero más rico de toda la comarca. Están comprometidos, pero...

—Pero ¿qué?

—Ella no le quiere. Si se casa con él, es por el vil metal y porque su padre así lo desea... Y estas hijas de ingleses son muy obedientes. Yo no le arriendo la ganancia a él. Se ve que es una gran deschavetada. ¡Cuidado con estas mujeres inglesas demasiado libres y que "montan a lo hombre!"...

Wallace casi se irritó al oir estas palabras y cortó la conversación.

—Voy a revisar aquellos vagones. Atienda al telégrafo y pregunte a estación central a qué hora saldrá el expreso de Villa Alta a Córdoba.

Y se fué visiblemente emocionado, dejando perplejo al viejo telegrafista.

***

Apenas el sol habíase ocultado en el horizonte Wallace montó en un mal caballo y dirigióse a la estancia de Sybila.

Dos leguas apenas separaban la estación de "las casas" de aquélla.

Comenzaba a obscurecer cuando echó pie a tierra frente a la portera que daba acceso a una corta avenida de viejas acacias que conducía a "la estancia". Ladraron algunos "fox-terriers", allegóse a él un viejo criado, que se apresuró a tomar las riendas del caballo diciéndole entre irónico y respetuoso:

—Deje el "pingo" en mis manos, mocito, y siga por esta calle tranquilo no más que no hay perros bravos en esta estancia.

—Está bien.

Y dirigióse hacia la casa, dejándole el caballo al viejo. Sybila le esperaba impaciente y apenas le divisó salió a su encuentro.

—Creí que no vendría...

—¿Por qué había de desechar su galante invitación? — y se estrecharon las manos como viejos conocidos.

Llegaron en silencio bajo los arcos de una pa-

rra. En uno de ellos colgaba un farol, con una inmensa lámpara de kerosene. Debajo se hallaba tendida una mesa patriarcal. A poca distancia de ella sentados en rueda se hallaban don Tomás Strasford, dueño de la casa, Brunequilda y Sigfrido Spielborg, una anciana solterona que era dama de compañía de Sybila y varias niñas y algunos jóvenes de las estancias vecinas. Apartado de todos, repantingado en una mecedora, Eduardo Strasford Sidney a medias adormilado y en el punto preciso en que termina la conciencia humana y comienza la ebriedad absoluta.

El doctor Spielborg y su esposa llegaron más tarde.

Sybila presentó al joven a todos los presentes. Y a todos les fué simpático en extremo antes de que pronunciara una sola palabra.

En aquellos "pagos", la aparición de un mozo del físico y de las cualidades de Wallace, constituye un verdadero milagro. Las niñas estancieras viven realmente ansiosas, esta es la palabra, aunque a los lectores les parezca demasiado expresiva, de buenos mozos, alegres, gallardos, rubios y de ojos celestes, en un ambiente en el que, casi todos los hombres son cetrinos o morenos, de ojos negros, de mirar desconfiado, serios y graves como viejos, tristes a la criolla, de pelo en pecho, eso sí; burlones hasta el sarcasmo y que consideran a la mujer como un objeto de placer, imitando con ese criterio despectivo a los árabes beduinos, a quienes se parecen en mentalidad y en muchos de sus usos y costumbres.

Brunequilda, que por ser rubia, casi albina, se sentía atraída hacia los "morochos" no obstante esa inclinación natural de su espíritu, no dejó de sentirse inclinada a dejarse cortejar por el joven, si es que éste llegaba a interpretar las miradas codiciosas que de entrada le lanzara, a pesar de que momentos antes iniciara el mismo juego con Eduardo Strasford, antes de que durmiera la mona, allí cerca. La comida se inició casi en seguida y Sybila sentó a Wallace entre ella y su dama de compañía, con harto despecho de Brunequilda y alguna de las jóvenes allí presentes.

En cuanto a Eduardo Strasford, seguía durmiendo plácidamente en su mecedora sin que nadie le molestara para nada y sin que ninguno de los presentes se asombrara de la actitud del rico estanciero. Su dinero lo disculpaba todo. Durante la comida Sybila demostró sin reparos extremosa dedicación hacia el joven, atendiéndole con toda gentileza, demostrando estar realmente entusiasmada, lo que hizo pensar a muchos que la candidatura de Eduardo Strasford a la mano de la bella joven comenzaba a hallarse en peligro.

Pero una vez que la comida hubo terminado y Wallace fuése a la sala a oir tocar el piano a Brunequilda en compañía de casi todos los presentes, don Tomás Strasford Avon llamó aparte a su hija Sybila y tuvo una breve conferencia con ella, a raíz de la cual se notó un cambio radical en la manera con que trató durante el resto de la noche a Wallace y en las atenciones que prodigó a su primo, a quien el fresco de la noche y varias

abluciones faciales oportunas, le quitaron el exceso de espíritu de alcohol que le retozaba por el cuerpo.

A lo mejor del concierto se apareció en "la estancia" la grave figura del esquelético y barbudo Herr Spielborg, acompañado por su gigantesca consorte, Elsa Gunebunda, ambos a dos encaramados en un sulky que crugía de dolor a cada instante.

Casi en seguida de los saludos preliminares los asistentes pasaron a una pieza de grandes dimensiones, cuyas paredes estaban cubiertas con un telón negro. Un sillón, trece sillas a lo largo de las paredes, una mesita y una lámpara cubierta por un velo color violáceo que mantenía la pieza en una suave penumbra, eran los únicos muebles que la ornaban. La lívida luz daba apariencias de sombras a los concurrentes, todos ellos entusiastas "espiritistas", admiradores de la ciencia del "más allá" que atesoraba el profesor, y de la "potencia psíquica" de su digna esposa, "medium" de grandes facultades.

Wallace ignoraba en absoluto la nueva ciencia o nueva religión, como lo llaman algunos, y su curiosidad se hallaba sobre áscuas por satisfacerse, asistiendo a las extrañas experiencias que necesitaban de tanto misterio para ser llevadas a cabo.

El doctor quitóse su gran chambergo de alas amplias, retiró las gafas obscuras que ocultaban sus ojos, paseó su mirada entre vanidosa y de suficiencia por sobre los presentes, que se hallaban

sentados junto al enorme telón sombrío que circuía la estancia.

Elsa Gunebunda tomó asiento en un sillón que se hallaba en el centro de la pieza, después de haberse cubierto el cuerpo con una especie de túnica amarilla y colocado una cinta blanca sobre la frente, a manera de "vincha".

El doctor rogó a los presentes que guardaran absoluto silencio, sucediera lo que sucediera y que el que se hallara a disgusto se retirara de la sesión sin hacerse notar.

En seguida, de un salto colocóse frente de su esposa y la empezó a increpar en idioma alemán y a mirarla en los ojos con mirada feroz y a echarle todo el fluído nervioso que poseía en conserva, por el extremo de sus dedos crispados.

Elsa Gunebunda permanecía en actitud hierática con la mirada fija en la de su esposo, pero no caía en trance "hipnótico".

El doctor aplacó un poco la luz de la lámpara, dando unas vueltas al velo violáceo que la cubría, con lo que se hizo más obscuro el ambiente.

De pronto, Elsa lanzó una especie de rugido ahogado y comenzó a gemir durante un largo rato. Menos Wallace, todos los asistentes estaban acostumbrados a esas y a otras manifestaciones extrañas de la "medium". A la media hora su estado de hipnotización debía de ser tan profundo que, no obstante la semi-obscuridad reinante, se la alcanzaba a ver sentada rígidamente en su sillón, con los párpados entreabiertos que dejaban escapar una mirada de muerta. El doctor evocó el espí-

ritu del gran espiritista coronel de Rochas, fallecido hace ya algunos años.

A los pocos instantes, del cuello de la "medium" comenzó a brotar una substancia nebulosa, parecida al algodón en rama, o más bien dicho a un pedazo de un vellón de lana cardada, que se extendió por sobre la túnica hasta rodar al suelo, como si adquiriera consistencia material; luego volvió a reconcentrarse en el cuello como si una mano invisible la recogiera alrededor de él; después se juntó en una sola mancha detrás de la cabeza de la "medium" y lentamente fué tomando la forma de un rostro, cubierto por una gorra de militar, "a la francesa". Después ese rostro separóse de la "medium" y pudo contemplarse al cabo de un rato la forma nebulosa de un hombre de regular estatura cuyo cuerpo se hallaba como envuelto en una túnica azulada... y que se parecía extraordinariamente a Sigfrido Spielborg.

—El coronel de Rochas ha cedido a nuestra evocación — dijo el profesor con voz de bajo profundo.

La sombra, o más bien dicho el fantasma, se tocó el kepí con la diestra y esperó a que se le interrogara.

—Señor coronel, ¿está usted contento en su nueva forma espiritual?

Se oyó una voz ténue y a la vez clara:

—En mi estado de "espíritu" no existen esas palabras convencionales que emplean los humanos. Ni felices ni desgraciados, ni alegres ni tristes. Somos lo que somos. Nada más. Nos hemos

independizado de la materia mortal y ahora somos inmortales eternamente.

—Muy bien. De modo que nosotros...

—Vosotros estáis ligados a un cuerpo por un período transitorio. Cuando éste disgregue todas las moléculas que le dan forma y vuelva a la tierra de donde salió, nuestro espíritu, es decir, la emancipación fluídica que compone vuestra verdadera personalidad se independizará naturalmente para entrar de lleno en el mundo de la subconciencia, del "más allá" del "plano astral" o como mejor querráis llamarle. Seréis entonces verdaderamente libres.

—Decidnos algo sobre las experiencias notables realizadas antes de vuestra muerte o vuestra transubstanciación, digamos así, y que quedaron casi interrumpidas.

—Ya sabéis que mi última y celebrada experiencia ha sido la condensación del espíritu de un ser viviente en un "vaso de agua o en una estatuita de cera", de porcelana, de madera, de cualquier tamaño que fuere. Me agradaría que repitiérais esta noche esa experiencia que tanto interés despertó cuando por primera vez la hice.

—Indicadnos de entre los presentes cuál creéis más capaz de caer en estado de superhipnotización, necesario para realizarse cumplidamente.

El fantasma recorrió la estancia, detúvose un instante frente de cada uno de los presentes. Al llegar al sitio donde se hallaba Wallace se colocó junto a éste observándole un largo rato:

—Este joven es un instrumento notable para

esa y cualquier experiencia espiritista que quiera usted realizar.

Y deslizóse hasta cerca de la "medium", donde se detuvo. Al poco rato se esfumó lentamente como por encanto. Todos creyeron que había desaparecido, pero se oyó su voz que brotaba de detrás de Elsa Gunebunda:

—Me he hecho invisible para no influir en el ánimo del joven Wallace, neófito en estas cosas y que en este instante está pensando en una bella mujer, que conoció en Londres y que luego amó en España con harto disgusto de su tío. Por culpa de ella está aquí.

Wallace, que se mantenía incrédulo respecto de lo que estaba pasando en su presencia, al oir detalles tan verídicos acerca de su situación actual y de su vida privada, no pudo contenerse y preguntó en voz alta:

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—María de los Angeles Sant...

—¡Basta! Ruego a usted, espíritu u hombre, que no divulgue su apellido. No hay por qué renovar un pasado ya muerto.

—Así lo haré, siempre que usted no se niegue a prestarse a la experiencia conocida con el nombre del "vaso de Rochas".

—Muy bien. No me niego y me prestaré gustoso a ella.

El doctor Spielborg quitó el velo a la lámpara y se hizo plena luz, luego se dirigió hacia el joven, le tomó amablemente de la mano, le llevó a una silla que había colocada frente de la "me-

dium", que continuaba como sin vida en su sillón, y después de repetir los pases magnéticos que había empleado con su esposa, Wallace cayó fácilmente en letargo, luego en estado cataléptico, después en sonambulismo y por último en el más alto grado posible de hipnotización. Cuando llegó a esta forma, el doctor cogió un vaso lleno de agua, se lo colocó en ambas manos y le ordenó con voz firme:

—Dentro de diez minutos todo su espíritu se habrá "condensado" en ese agua. ¡Yo lo quiero!

Wallace permaneció el tiempo exigido como dormido profundamente, sosteniendo con las manos extendidas y rígidas el vaso de agua.

El doctor cuando consideró que se había realizado "la condensación" ordenada, tomó con excesiva precaución el vaso y lo colocó sobre la mesita allí próxima. Wallace, superhipnotizado, fuése hirguiendo lentamente y ayudado por el doctor se deslizó cuan largo era en el suelo sobre una alfombra negra allí tendida.

—Señores, — dijo el doctor. — En este vaso está concentrado el espíritu del señor Wallace. En este momento está como muerto. Y si no lo creéis, mirad.

Tomó una larga y gruesa aguja y la clavó en el brazo desnudo del joven, pasándolo de un lado al otro; luego encendió una barilla de lacre y le dejó caer unas gotas en la mano. Chirrió el lacre en la piel, pero Wallace permaneció impasible, sin demostrar ningún dolor después de las dos pruebas. Entonces el doctor arrancó la aguja del bra-

zo donde había estado metido y dirigióse hacia el vaso de agua. Con mucho cuidado rozó la superficie con la punta de la aguja.

Wallace, en el extremo de la pieza, lanzó un rugido de dolor, diciendo con voz entrecortada:

—¡Me han perforado un ojo! ¡Qué dolor!

Retiró la aguja el doctor y encendió un fósforo, que sumergió en el agua del vaso.

Wallace volvió a gritar:

—¡Qué horror, me queman el cuello! ¡No puedo más! ¡Basta! ¡Basta!

Su rostro se crispó todo y se sacudió violentamente, demostrando expresivamente el más acerbo sufrimiento.

El doctor levantó del suelo a Wallace, sentándole en la silla, le volvió a colocar en las manos el vaso lleno de agua y le dijo:

—Ordeno a su espíritu que salga del vaso de agua y que vuelva a su cuerpo. Lo quiero.

Al cabo de un instante le colocó los dos pulgares sobre los ojos y le sopló el rostro diciéndole:

—Vuelva a la vida.

Wallace despertóse como de un largo sueño y "no recordó nada" de lo que había sucedido en su estado hipnótico. (1)

Como sintiera ligero ardor en el cuello se observó que presentaba una llaga roja como la que produce la llama de un fósforo sobre la carne viva.

---

(1) Nota. — Esta experiencia es absolutamente real y ha sido realizada ya en muchas academias de medicina con verdadero éxito.

En el párpado del ojo derecho se le veía una manchita negra del diámetro de la aguja con la que el doctor había rozado la superficie del agua.

En cambio de las heridas producidas en su cuerpo, tanto la de la aguja en el brazo como la del lacre ardiendo en la mano, no quedaba la más ligera huella.

El doctor despertó a su esposa y todos los presentes quedaron impresionados profundamente por la extraordinaria experiencia de aquella noche.

—Y diga usted, doctor, ¿si en vez del vaso de agua empleara una imagen de cera?

—La experiencia hubiera resultado tan concluyente como con el vaso de agua.

Dirigiéndose a Wallace le dijo, palmeándole el hombro:

—Es usted, señor Wallace, un sujeto de primera clase. "¡Admirable!" Ya ensayaremos otras cosas extraordinarias en las futuras sesiones.

Wallace, a quien no halagaba la gloria de ser sujeto hipnotizable, contestó:

—Agradezco el elogio, doctor, pero no me prestaré de hoy más en adelante a ninguna prueba como la que acaba de realizarse. No me cautiva ni me agrada el espiritismo y sus variantes.

—Lo siento mucho, — dijo pesaroso el doctor.

Sybila preguntóle al joven visiblemente interesada:

—¿De modo que no asistirá más a nuestras sesiones?

—Asistiré, sí, pero no seré actor en ellas, — le

contestó agraviado por el desvío que le había demostrado la joven durante toda la noche.

Pasaron al comedor, donde se sirvieron refrescos y licores y se bailó luego hasta las dos de la mañana, hora reglamentaria en la que todos los presentes se retiraban en sus vehículos, cada uno a su respectivo domicilio.

Antes de montar en su caballo, Wallace fué alcanzado por Sybila, la cual le estrechó fuertemente la mano, diciéndole en voz baja:

—Wallace, escúcheme, tengo que hablar mucho con usted. Venga a esta estancia mañana de tarde. Le espero. — Y antes de que el joven le diera una contestación, apartóse rápidamente de él.

***

Durante el trayecto a la estación el joven dejó a su cabalgadura que marchara a su antojo, mientras su espíritu exaltado todavía por la experiencia a que la habían sometido y por la extraña actitud de Sybila, tornóse preocupado por las palabras que le dijera la joven al separarse de él.

Analizó su situación frente a Sybila, y se hizo una composición de lugar certera, lógica y perfectamente definida.

Se dijo casi en voz alta:

"Es visible hasta para el más profano en materia de mujeres, que he causado una fuerte impresión en la bella estanciera, la cual está comprometida con su primo, un perfecto imbécil o degenerado por el abuso del alcohol, a quien no ama; pero está dispuesta a casarse con él para salvar la

situación paterna, bastante difícil por cierto, según versiones que han llegado a mis oídos. Yo estoy muy impresionado por los encantos de Sybila, pero no la amo... todavía. Si yo llegara a amarla haría quizá la desgracia de ella y de su familia, porque con mi modesta situación no podría ofrecerle lo que le dará la inmensa fortuna de su futuro. Por último, no dejo de meditar sobre el escándalo a que daría lugar el hecho de suplantar a Eduardo Strasford en el corazón de la prima!

"Escándalo en toda la comarca y que no tardaría en llegar a oídos de mi severo tío, el puritano de Londres, lo que me atraería el disgusto y el desheredamiento de éste, y por último la expulsión del empleo actual."

Por todas estas razones que caramboleó en su cabeza durante el trayecto a la estación, resolvió suspender toda relación amorosa con Sybila desde el día siguiente.

Una vez que llegó a su residencia, soltó el caballo campo afuera y fuese a sentar bajo la solera, en su banco predilecto.

Durante un largo rato permaneció preocupado por la resolución radical que acababa de adoptar.

De pronto quedóse en suspenso en el colmo de la estupefacción.

Frente de él, sobre el macizo obscuro que formaba una valla de tamariscos, al otro lado de la vía férrea, apareció una alcoba lujosa iluminada débilmente, de tal manera que los últimos detalles de segundo término y los rincones permanecían velados, o en penumbra. En un diván, echada gra-

ciosamente, con el rostro apoyado en la misma actitud en que la viera jinete en su alazán por primera vez cuando su aparición en la estación, yacía Sybila meditabunda.

Contemplóla con infinito placer Wallace y de pronto "observó" que la joven sin cambiar de postura, hizo un gesto de infinito dolor y "vió claramente" cómo dos lágrimas brotaban de sus ojos y rodaban por sus mejillas. A su oídos "llegó claramente" la voz de Sybila que decía: "¡Te amo, te amo!". Luego cogió ella un pañuelo "rosado", secóse las lágrimas con él, irguióse resuelta, fué hacia su tocador y cogió un cofre de terciopelo color turquesa, con arabescos de oro, lo abrió, sacó una flor que había en él, aspiró su perfume, dióle un beso, la colocó en su seno y fuése lentamente a su lecho, donde se echó vestida como estaba.

Wallace reconoció con verdadero asombro la flor. Era una gardenia que habíase colocado por costumbre en el ojal de su saco y que se le perdiera aquella misma noche sin haberse dado cuenta de ello.

Después todo desapareció de golpe, en la más completa obscuridad.

—He sido víctima de una alucinación. — se dijo, queriendo explicarse la escena anterior, y fuése a dormir tranquilo.

Al otro día levantóse como de costumbre muy temprano y se encontró con un chasque que le enviaba Sybila.

Abrió la carta que traía el mensajero y leyó:

"Señor Wallace:

"De tres a cuatro le espero a usted en la estancia. En el caso en que no pueda o no desee venir, ruégole me lo haga saber hoy mismo.

"Suya de todo corazón. — Sybila."

Meditó que era oportuno ir a verla y expresarle de viva voz lo que había resuelto el día antes, respecto de sus futuras relaciones.

Y juzgando fuera ese el motivo de la entrevista, le escribió una tarjeta accediendo a la invitación.

Llegada la hora, puntual como buen inglés, hallóse junto a Sybila. Invitóle ella a dar un paseo por la quinta y después de haber paseado largo rato hablando de futilezas, llegaron a una glorieta situada en un delicioso belvedere y sentáronse muy graves.

—¿Le habrá extrañado a Vd. la insistencia de mi pedido? — preguntó ella de pronto.

—Francamente... ¡sí! Me he interrogado acerca del móvil que pudiera tener usted para desear hablar hoy conmigo precisamente...

—Voy a explicarle el motivo. Esta noche, por orden expresa de mi padre, es la indicada para señalar fecha de mi matrimonio con mi primo...

—¡Ah! ¿Y qué puedo yo?...

—Antes de hacerlo, he deseado, por escrúpulo de mi conciencia, consultar con usted... la "única persona amiga", amiga de verdad, no obstante el poco tiempo que nos conocemos, acerca del extraño caso en que me encuentro.

—Hable usted, Sybila, con entera franqueza. En

efecto, soy su "amigo de verdad", — dijo el joven emocionadísimo.

—No quisiera dar lugar a que mis palabras fueran interpretadas torcidamente por usted y que después de oirlas me tomara por una vulgar mujer capaz de un acto desdoroso.

—Soy un caballero, Sybila, y nunca sus palabras, sean cuales fueren, harían cambiar la alta opinión que me he formado de usted.

—Muchas gracias. Voy a entrar de lleno en el asunto. Me encuentro en el pleno naufragio de mi juventud. Estoy en el momento en que el agua me llega al cuello y voy a ahogarme... Perdone usted lo vulgar del símil... Hay una sola salvación... "He creído" notar en la soledad del mar en que me encuentro la aproximación de un salvavidas!... ¿Usted me entiende?

Wallace afirmó tácitamente con la cabeza.

—¿Debo antes de dejar perder mi juventud con todas sus ilusiones y sus ansias infinitas de amar a un hombre de mi gusto y preferencias; debo o no el intentar agarrarme al salvavidas que viene hacia mí o dejarme llevar por la corriente que me arrastra y hacia la cual todos, "todos me empujan", padre, parientes, amigos, intereses, sacrificios, egoísmos propios y extraños, todos, menos el amor? Conteste usted con toda sinceridad si es que ha entendido el símbolo de que me he valido para darle a conocer mi situación apurada...

Wallace le miró intensamente, la vió tan bella en su dolor, tan interesante, tan llena de encantos y tan desgraciada a la vez, que casi se deja

llevar por su buen corazón; pero meditó seriamente en lo que iba a hacer, recordó las razones que le impedían tornarse en "el salvavidas" de aquel náufrago, tan digno de ser arrancado a la corriente que le arrastraba sin compasión y con la firmeza característica de su conciencia sajona, que sabe anteponer un deber a una pasión, le dijo:

—Sybila. Comprendo toda su desgracia; me doy cuenta de su horrible situación y... no me tome por un vulgar egoísta, que desea zafarse de un pedido de auxilio encontrando un pretexto especioso para no cumplirlo... Soy el primero en considerar que el premio al acto de salvación, si yo accediera a su delicada solicitud, sobrepasa, en mucho, a mis ambiciones, y sé positivamente que por mis cualidades personales soy indigno de tanto honor. Pero voy a rectificar una opinión que usted ha expresado. Usted ha creído ver en mí un salvavidas en su naufragio... Se ha equivocado usted... No soy un salvavidas, soy un náufrago como usted!... Sí, con toda franqueza. Si usted en estos instantes quisiera salvarse agarrándose a mí, nos ahogaríamos los dos...

Lo dijo con tanto dolor, con tanta amargura y con tanta sinceridad que la joven comprendió de inmediato que tendría muchas razones ocultas a cual más poderosa, para que Wallace le contestara así.

Y él le habló con el corazón en la mano y le expresó uno a uno los motivos que le impedían el auxiliarla con su amor en aquel trance apurado. Le hizo ver que el sacrificio de ella era la sal-

vación de su padre; le pintó con vivos colores las desgracias que sembrarían a su alrededor respectivamente ambos a dos, si pasando por encima de todo se unieran en matrimonio; le hizo notar la brevedad de sus relaciones personales, insuficiente para darse a conocer profundamente el uno al otro; y si no la dejó del todo convencida, por lo menos quedó un poco más tranquila y dispuesta a apurar hasta la última gota el vaso de felicidad que le ofrecía su primo.

Pero las palabras desmentían los dictados íntimos de sus corazones y desde aquel momento comenzaron a amarse, aunque aparentemente firmes y resueltos a tronchar para siempre toda relación amorosa.

Quedaron en silencio largo rato y de pronto ella tomó la gardenia que guardaba en su seno y la llevó a sus labios preguntándole:

—¿Conoce usted esta flor?

—La gardenia que perdí ayer, — contestó él con naturalidad.

—¿La ha reconocido usted? En efecto, usted la perdió y yo la recogí... Me ha acompañado toda la noche.

—Lo sé, — contestó el joven recordando la visión que había tenido la noche anterior.

—¿Lo sabe usted? ¿Cómo puede ser eso? — interrogó intrigada Sybila. — ¿Lo adivina usted o lo sospecha?

Wallace dijo lentamente:

—Anoche, después que quedó sola usted en su alcoba, recostóse en un diván, meditó un rato, llo-

ró un poco, secóse las lágrimas con un pañuelo rosado, después abrió un cofrecillo, sacó de él esa gardenia, le dió un beso, la colocó en su seno y se echó vestida sobre el lecho. ¡Ah! me olvidaba: pronunció dos veces las palabras ¡Te amo! ¡Te amo!

—Entonces usted me ha espiado... — dijo de pronto Sybila irguiéndose irritada. — Todo lo que acaba de narrar ha pasado anoche en la soledad de mi alcoba.

—¡No, Sybila! — contestó el joven profundamente afectado. — ¡No! Yo no soy capaz de tanta bajeza como la de espiar a nadie y menos a usted. Fué una visión que tuve anoche mientras me hallaba a solas sentado en el banco bajo la solera de la estación, pensando intensamente en usted

Sybila clavó materialmente su mirada en la del joven y después de contemplarle arrobada le dijo:

—Si yo no estuviera al tanto como lo estoy de las cuestiones de magnetismo, seguiría creyendo que usted me espió cuando ya estaba en mi alcoba; pero perdóneme, Wallace, de la vil sospecha que cruzó por mi mente. Cuando anoche hice lo que hice, deséé con toda la fuerza de mi voluntad psíquica que usted "viera" lo que yo hacía y "oyera" lo que dije. Nunca creí que mi deseo se cumpliría con tanta precisión. A lo que usted llama visión nosotros los versados en espiritismo le llamamos telepatía.

—No en valde afirmó anoche el doctor Spielberg que yo era un "sujeto admirable" — dijo el joven sonriéndose y agregó con un poco de ironía:

desde ahora en adelante, aunque "no hemos" de amarnos, ordéneme que la vea y que la oiga telepáticamente todas las noches a la misma hora. Aunque lo mejor será que usted se olvide de mí.

—Como usted de mí.

—Yo haré todo lo posible por lograrlo... por su bien.

Ambos quedaron en silencio sin mirarse, angustiados en el fondo de sus respectivos corazones. con el sabor amargo en los labios de las despedidas que parecen fatales, eternas, ineludibles!

El joven. después de vacilar un instante, tomó la resolución de tronchar de una vez por todas aquella situación insostenible por lo dolorosa para ambos, y se puso de pie.

Con ademán resuelto, le tendió la mano, que ella oprimió desesperada, a punto de romper en sollozos.

—Adiós, Sybila...

—Adiós, Wallace.

Y se apartó de ella.

Después de haber caminado unos metros, se detuvo, la miró con tristeza y le dijo sonriendo, lentamente, casi sin darse cuenta de lo que decía:

—Ya lo sabe, Sybila; cuando quiera que yo cumpla un deseo suyo, no vacile en ordenármelo telepáticamente, ya que usted tiene esa facultad sobre mi persona.

Y ella, pensativa y profética, como obedeciendo a una orden interior:

—¡Dios oiga su deseo! Adiós, Wallace — y fué-

se ocultando el rostro para que él no viera las lágrimas que brotaron de sus ojos.

***

A la misma hora el doctor Spielborg salía del castillo de Eduardo Strasford. Acababa de tener una borrascosa entrevista con el novio de Sybila. Había ido a verle con el objeto de convencerle de que no se uniera en matrimonio con su prima, porque ésta amaba al jefe de la estación y no a él.

—¿Y si ello fuera cierto? — contestó con su frialdad habitual el mozo.

—¡Haría usted mal, habiendo una joven bella, que le ama a usted con delirio, con locura!...

—¿Su hija Brunequilda?

—¡La misma!

—Para semejante candil, me quedo más bien a obscuras, — le contestó Eduardo, riéndose groseramente, mientras indicaba con la diestra extendida la puerta de salida al doctor.

—¿Me arroja usted de su casa? — preguntó el doctor Spielborg en el colmo del furor.

—No le arrojo a usted de mi casa; le indico nada más que no vuelva a pisar más en ella, — dijo con voz tranquila y apagada Eduardo, agregando: —¡Ah! Y apúrese a pagarme los treinta mil pesos que me debe. Si no lo ejecutaré antes de tres meses.

El doctor le miró con desprecio, con ira, con odio; se le aproximó, colocó el dedo índice de su mano junto a la nariz de Eduardo y dijo con voz estentórea:

—¡Vil borracho! ¡Le costará a usted muy caro! ¡Y tan caro! ¡Já, já!

Y fuése sacudiendo los alones de su levitón y encasquetándose su gran chambergo con fiero ademán.

***

Había pasado casi un mes desde que se sucedieron las escenas anteriores y Sybila había combinado con su novio la fecha de los esponsales. Unos días antes de efectuarse éstos la joven especialmente invitada por Brunequilda había ido a pasar la tarde en la casa del doctor Spielborg, donde, como era de rigor, se habían efectuado algunas experiencias de hipnotismo y sugestión, aunque los asistentes fueron únicamente Sybila y los miembros de la familia que la hospedaba.

Unas dos horas después de la comida la joven volvió a su estancia en la "charrette" del doctor acompañada de Sigfrido. Sintióse desmejorada al llegar, con ligero dolor de cabeza y en un estado de excitación e inquietud extraordinarios.

No la sorprendieron esas manifestaciones porque con mayor o menor intensidad ese era su estado habitual a medida que se aproximaba la fecha de su casamiento y desde que por mútuo consenso había dejado de verse con Wallace.

Acababa de llegar cuando el reloj del comedor marcaba las diez horas. Iba a acostarse en seguida cuando le anunciaron la presencia de Eduardo Strasford.

Salió a recibirle extrañada de la visita extemporánea, y el joven, que se hallaba "bastante

sentimental'', le dijo, mientras trataba de disimular su estado de embriaguez:

—Quería verte antes de ir a la estación.

—¿A estas horas te vas a la estación?

—Sí, tengo que enviar una comunicación urgente a mi banquero de Villa Alta en el tren rápido que pasa a las 11 y 45...

—¡Ah! No tardes en ir, pues no te sobra el tiempo.

—Bueno. Te he visto, Sybila, y estoy contento.

—Gracias, Eduardo.

El mozo la tomó en los brazos y le dió un beso en la frente.

Sybila lo recibió como se recibe un tiro, pues el beso del mozo era puro espíritu de alcohol.

Fuése Eduardo seguido por la joven hasta el parral debajo del cual había atado a su ''poney''. Al montarlo, se le cayó una botella de ''wisky'' que llevaba en el bolsillo de su saco y se le hizo añicos en el suelo.

—¡Ah! ¡Eduardo! ¡Eduardo! ¿No me habías prometido no beber más?

—¡Caramba! Era una botella de agua bórica, que llevaba para curarme los ojos...

Se despidió nuevamente de ella y partió. Sybila le siguió largo rato con la mirada y al considerar que aquel imbécil iba a ser su marido dentro de pocos días, sintió que de todo su ser brotaba una rebeldía de todas las células de su cuerpo y que por más resuelta que estuviera al duro sacrificio de casarse con Eduardo no había podido aplacar en un ápice la pasión que sentía por Wallace.

Lanzó un ligero gemido de dolor, que a ella se le antojó un rugido de leona herida y fuése a su alcoba desesperada, rabiosa, con los ojos llenos de odio, la garganta seca, el corazón palpitante, mientras repetía como estribillo obsesionante:

—¡Le odio! ¡Le odio! ¡Le odio!...

Sentóse en su diván y siguió mentalmente el trayecto que en esos instantes cumpliría su primo, nombrando mecánicamente a ratos las sucesivas etapas:

—Ahora está en la Piedra Colorada. Ya pasó el rancho de Crispín... Ahora llega a la Cañada Honda — y después de un largo rato, pronunció con voz clara: — Y ahora entra en la estación. Wallace lo recibe. Le da la mano... — y no habló más.

Estaba como para caer en estado hipnótico. Sus ojos miraban por la ventana hacia la obscuridad del bosque que tenía en frente, como buscando algo... De pronto recordó las palabras de Wallace: "cuando quiera que yo cumpla un deseo suyo, no vacile en ordenármelo telepáticamente", y aunque protestó "in mente" de la orden que iba a transmitir al joven, y aunque comprendió la monstruosidad de su deseo y se dió cuenta de que no debía hacerlo por honestidad de principios, por dignidad de mujer, por humanidad, sus labios pronunciaron como obedeciendo a una orden "ajena a ella" que le venía de "afuera de ella":

—¡Quiero que lo mates!... ¡Quiero que lo mates!

Pasó como media hora, durante la cual Sybila

permaneció en un estado intermedio entre el desvelo y el sueño, mirando con los ojos intensamente abiertos el espejo de su tocador, donde debía sucederse alguna escena terrible a juzgar por la expresión aterrorizada que por momentos se reflejaba en su bello rostro. Se hallaba probablemente, como ante la pantalla de una vista cinematográfica.

De pronto lanzó un grito estridente que se oyó en toda la casa, grito que era una mezcla de intenso dolor y de la carcajada de un zorro ayará agorero, y cayó al suelo retorciéndose como si fuera presa de un ataque histérico.

Cuando acudieron a socorrerla, después de luengo rato, salió de su extraño estado y al ser interrogada contestó con voz que quiso hacer lo más natural posible:

—¡No fué nada! Me había dormido en el diván y soñé que me querían devorar miles de víboras "de la cruz".

EN LA ESTACIÓN

Llegó Eduardo Strasford. Recibióle Wallace. Hablaron breves instantes. Aquel entrególe un paquete, que el joven llevó al interior de la boletería y guardó en una balija especialmente construída para encerrar valores. Después volvió a la solera. Eduardo preguntóle si tenía por casualidad alguna bebida alcohólica. Wallace le alcanzó una botella de ginebra. Despidiéronse.

Eduardo Strasford montó en su "poney" y se alejó de la estación siguiendo el camino paralelo

a la vía del ferrocarril. A unas dos cuadras más abajo debía cruzar la vía para ir en dirección a su casa.

Wallace sentóse en el banco, habitual compañero de sus ensueños y tristes pensamientos.

Pensó en Sybila, como era su constante costumbre apenas se hallaba a solas. Sintióse nervioso, agitado. Un extraño pensamiento le asaltó, como si alguien le interrogara desde adentro de su cráneo.

—¿Por qué no lo matas?... ¡Sí! ¡Mátalo! Estás solo en la estación. Al paso que lleva, no debe haber cruzado la vía todavía. Alcánzale. Apúrate.

Quedóse horrorizado de que pudiera habérsele ocurrido tan infame pensamiento. Quiso reaccionar, pero... desde el fondo de su ser volvió a surgir tiránicamente una orden de la que no se sentía con fuerzas para resistir.

—¿Por qué no lo matas? ¡Mátalo! ¡Quiero que lo mates!... ¡Quiero que lo mates!...

Irguióse de un salto, espantado. Quiso libertarse de la fatídica orden que de pronto le dictaba el cumplimiento de un crimen, y dijo casi en voz alta:

—¡No! ¡No! ¡No lo haré!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Mátale! ¡Lo quiero!...

No pudo contestar más.

Sin darse cuenta de lo que iba a hacer cogió una barra de hierro que halló a su alcance, corrió en puntillas de pie por la vía del tren hasta ponerse en acecho detrás de una pila de postes

en el sitio donde cruzaba el camino vecinal por donde había de pasar Eduardo.

Este montaba, con los pies fuera de los estribos, a su cabalgadura, empinando alegremente la botella de ginebra a cada instante.

Cuando el "poney", por su propia voluntad, pues marchaba con las riendas sueltas, dobló el camino que conducía a la estancia de su amo e iba a cruzar la vía, Wallace surgió como una sombra y de un salto enérgico cayó sobre la grupa del petizo, al tiempo que aplicaba un fuerte golpe de barra en la cabeza de Eduardo.

Ambos rodaron al suelo fuera de la vía. Eduardo lanzó un gemido profundo y quedó en el suelo muerto como fulminado por un rayo.

Wallace iba a huir asaltado por súbito terror pánico, cuando oyó la maldita voz interior y que a él le parecía oir en el aire, que le ordenaba:

—Pon el cadáver sobre la vía, que el tren de las 11 y 45 hará lo que falta hacer...

Obedeció tácitamente, como sonámbulo, colocando el cuerpo de Eduardo cruzado sobre la vía férrea y volvió con sigilo a la estación, arrojando antes la barra de hierro a un pozo profundo allí cercano.

Cuando llegó a la solera, fuésele como por milagro el terror que le había invadido un momento antes. Entró en su dormitorio, encendió la gran lámpara que pendía del techo. Miróse el traje detenidamente por si tenía alguna mancha de sangre y no encontró ninguna; luego se observó en el espejo y se quedó maravillado de la tranquili-

dad de expresión de su rostro y tuvo la evidencia de que él, Wallace, por más que a él mismo le pareciera extraño, asombroso y sobrenatural, ''no tenía nada que ver con el hombre que acaba de asesinar'' a Eduardo Strasford.

Con esa convicción fuése a despertar al telegrafista, que dormitaba plácidamente en una mecedora frente a los aparatos Morse.

Sonó el timbre que anunciaba la salida del rápido de la próxima estación y apareció el peón en ese instante.

—¿Dónde ha estado usted? — le interrogó algo inquieto Wallace.

—Vengo de mi rancho, señor. Tengo a un hijito enfermo.

Wallace quedó tranquilizado.

El rancho del peón quedaba en el punto opuesto al lugar del crimen.

Al rato se vió acercarse por la vía férrea un enorme fanal de luz amarilla. A los pocos instantes el rápido llegaba a la estación, después de haber deshecho materialmente el cuerpo de Eduardo Strasford.

***

Todo el mundo creyó que la muerte del rico estanciero se debía a un accidente vulgar. Las circunstancias no podían ser más claras y precisas. "Requiescat in pace''.

***

El amo ebrio, el ''poney'' que cruza la vía. Aquél rueda por los suelos y se queda allí durmiendo la

mona. El tren que pasa. Todo claro y preciso.

A los pocos días de estos sucesos, Sybila cayó gravemente enferma y Wallace recibió telegráficamente la noticia de que su tío acababa de morir en Londres, legándole parte de su grandiosa forttuna. El debía partir en seguida. Fuése a despedir de Sybila; pero cuando llegó a la estancia no pudo verla porque los médicos que la asistían habían decretado de que nadie hablara con ella. porque se hallaba en trance de perder la razón.

Con la muerte en el alma, fuése el joven a la estación.

Al otro día partió a Londres, cada vez más enamorado de Sybila Strasford.

***

El doctor Spielberg también al poco tiempo abandonó la comarca. Vendió su estancia y fuése con toda su familia a vivir en un castillejo de la baja Baviera. Este hecho no dejó de preocupar a toda la vecindad.

***

Había pasado un año.

Durante su transcurso, Sybila, ya curada de su rara enfermedad, y Wallace en su tierra, se cartearon casi cuotidianamente.

Libres, ambos, rico él, urdieron el casamiento para cuando él volviera a "La Palma".

Y su vuelta se efectuó al tiempo indicado, con harta alegría de la joven y de él mismo.

En seguida se anunció el casamiento del ex-jefe

de la estación y la bella estanciera. Lo que no sorprendió a nadie. La boda tuvo lugar en seguida.

***

La primera noche de su casamiento, Wallace, una vez que se halló a solas con Sybila, le habló así:

—¡Sybila! Quizá lo que voy a decirte debiera haberlo hecho antes de nuestro casamiento, pero como sé que creerás en la honradez de mi palabra, voy a revelarte recién en este momento un secreto terrible que pesa sobre mi conciencia.

—¡Sí! Ya sé de lo que se trata — dijo la joven mirándole indulgentemente en los ojos.

—¿Sabes?

—Sí. ¡Que tú eres el autor de la muerte de Eduardo!

—¡Ah! ¿Lo sospechabas?

—¡No! Tengo la evidencia...

—¿Cómo puede ser eso, si cuando cometí el crimen nadie pudo verme?...

—Yo asistí a todas las faces del crimen desde esta alcoba. Ahí, en ese espejo, como si fuera una vista cinematográfica, he presenciado cómo le mataste.

Quiso él pedirle detalles y ella se los dió sin omitir uno sólo; lo que dejó a Wallace profundamente impresionado. Después de un rato habló así:

—Pero, óyeme bien, Sybila, "yo no he sido el autor del crimen." Mi voluntad no entró para nada en su realización. Yo fuí un ejecutor inconsciente que obedece a una orden perentoria dada por no sé quién y venida de no sé dónde.

—¡Es cierto! — afirmó ella aterrorizada. — Recuerdo que yo te dí la orden telepáticamente para que lo mataras en seguida... Yo fuí...

El la miró casi espantado.

—¡Tú! — y se apartó de ella instintivamente.

—¡Sí!; fuí yo, Roberto! ¡Fuí yo también la que te ordenó desde aquí que pusieras el cuerpo en la vía cuando te disponías a huir para la estación!.. ¡Fuí yo!

—¡Qué horror! — pronunció el joven. — Nunca te creí capaz de...

Quedaron ambos profundamente pensativos sin mirarse, asustados uno del otro, con el espectro de Eduardo Strasford colocado entre ambos. Ella murmuró después de un largo rato de meditación:

—¿Quién es el que puede afirmar que es completamente libre de sus actos en este mundo? ¿Quién sabe qué fuerzas desconocidas, que quizá están fuera de nosotros, son las que obran sobre nuestras voluntades, desde el "más allá", desde lo ignoto, desde las regiones de la subconciencia. Somos juguetes o no las más de las veces del pensamiento oculto, de la orden secreta, de la acción telepática inconsciente de los seres que nos rodean o de los espíritus que quizá ambulan invisiblemente airededor nuestro en el ambiente en que vivimos? Yo tengo también la absoluta convicción de que no he sido la que te ordenó que cometieras el crimen, mi Ricardo; sin embargo, yo trasmití la órden para que la llevaras a cabo. Yo he sido el instrumento de una fuerza ignota y poderosa que me obligó en contra de mi voluntad, lo recuerdo

bien, a hacer lo que hice. Ya ves que es una cadena cuyos eslabones finales somos tú y yo; y el otro o los restantes eslabones, ¿dónde están, quiénes son?

Wallace tuvo la convicción de la verdad de lo que decía Sybila. Ella, lo mismo que él, habían sido los instrumentos de alguna venganza oculta. ¿Pero quién podía estar interesado en la muerte de Eduardo? ¿Quién más que ellos? Ellos, para quien Eduardo era el único casi inevitable obstáculo a su felicidad?

Quedaron pensativos ambos y de pronto al unísono se dijeron:

—¡El doctor Spielborg!

Al pronunciar este nombre, ambos sintieron un escalofrío. No podían acusarle de haber intervenido en el delito; pero ambos tenían la seguridad de que el factor principal había sido él. Quizá les engañaba el propio egoísmo accionado por el inmenso amor que sentían.

Sybila dijo después de meditar un rato:

—No podría afirmarlo, pero tengo la certidumbre de que la tarde del crimen, que pasé en la estancia del doctor, fuí hipnotizada; pero te repito, no podría afirmarlo. ¿Por qué se fué a Alemania a raíz del crimen?

Del fondo de las conciencias de ambos surgía tácito terror, al considerar de que en el futuro, tanto ellos como el resto de la humanidad pudieran ser instrumentos de cualquier embaucador inteligente, capaz de ejecutar una venganza perso-

nal, valiéndose de los recursos innumerables y misteriosos que le ofrece la nueva ciencia.

—Si pudiéramos... probar que el doctor ha intervenido en este delito y acusarle ante la justicia, — objetó Sybila.

—Todavía esos delitos están fuera de las sanciones penales humanas, pero algún día lo estarán, — contestó con firmeza Wallace.

Miráronse en los ojos intensamente y ya que el destino les deparaba la felicidad por intermedio de un crimen en el que ambos habían tomado parte principal, aunque "sin que sus voluntades intervinieran para nada en él", se aprovecharon con humano egoísmo de la ocasión y se abrazaron ansiosamente como se abrazan la primera noche de amor dos enamorados.





INDICE

INDICE



